

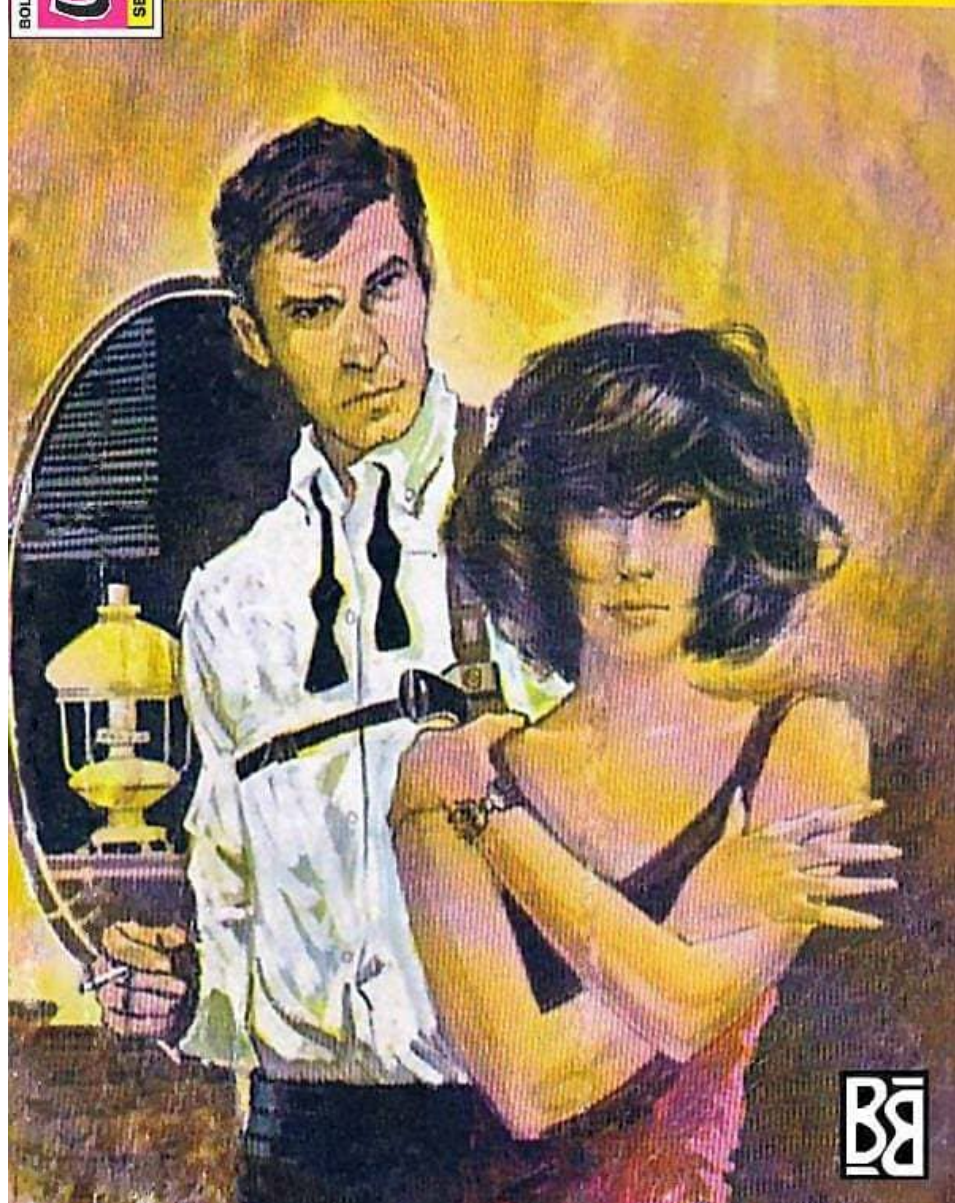
BOLSILIBROS BRUGUERA

S
S

SERVICIO SECRETO

LA MUERTE PIDE EL DIVORCIO

burton hare



El edificio era una delirante pesadilla de alucinado. Sin la menor duda, habían conseguido con él dejar boquiabiertos a todos los transeúntes que tuvieran la desgracia de mirarlo, pero, al mismo tiempo, lograron con su erección que cualquiera fuera capaz de recordar dónde estaban ubicadas las oficinas de la World Film Corporation. Nadie podía olvidar semejante monstruosidad una vez vista.

Detuve mi convertible en un lugar asombrosamente libre, frente a la entrada. Unos discos indicadores advertían que el espacio estaba reservado a los directivos de la compañía. Yo no era ningún directivo, pero me había llamado el máximo mandamás de Hollywood, así que no había necesidad de andarse por las ramas.

Caminé a través de la media milla de acera hasta la entrada monumental, la crucé, me detuve en el gigantesco vestíbulo de mármol negro y encendí un cigarrillo, mirando a mi alrededor con asombro.



Burton Hare

La muerte pide el divorcio

Bolsilibros - Servicio Secreto - 805

ePub r1.0

Lds 18.11.17

Título original: *La muerte pide el divorcio*

Burton Hare, 1966

Cubierta: Rafael Grier

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





SS

SERVICIO SECRETO





BURTON HARE

**LA
MUERTE
PIDE
EL
DIVORCIO**

C. SERVICIO SECRETO n.º 805
Publicación semanal Aparece los
MIÉRCOLES

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTÁ MEXICO
RIO DE JANEIRO

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

CAPÍTULO PRIMERO

El edificio era una delirante pesadilla de alucinado. Sin la menor duda, habían conseguido con él dejar boquiabiertos a todos los transeúntes que tuvieran la desgracia de mirarlo, pero, al mismo tiempo, lograron con su erección que cualquiera fuera capaz de recordar dónde estaban ubicadas las oficinas de la World Film Corporation. Nadie podía olvidar semejante monstruosidad una vez vista.

Detuve mi convertible en un lugar asombrosamente libre, frente a la entrada. Unos discos indicadores advertían que el espacio estaba reservado a los directivos de la compañía. Yo no era ningún directivo, pero me había llamado el máximo mandamás de Hollywood, así que no había necesidad de andarse por las ramas.

Caminé a través de la media milla de acera hasta la entrada monumental, la crucé, me detuve en el gigantesco vestíbulo de mármol negro y encendí un cigarrillo, mirando a mi alrededor con asombro.

Había un movimiento de todos los diablos allí dentro. Gente apresurada cruzándose en todas direcciones, hombres y mujeres con caras ansiosas precipitándose a través de rotuladas puertas, algunos con fajos de papeles en las manos, sin hablar, sin mirarse, todos empujados por una eficiente prisa semejante al movimiento de un nido de hormigas...

Y todos, sin excepción, con cierto aire de susto, como al hubiera algo en alguna parte que les infundiera un santo temor.

Me pregunté si ese alguien no sería Samuel Schrage, el máximo exponente de los triunfadores, el hombre casi mítico que ocupaba el trono de Hollywood, el magnate del cine y la televisión, cuyos millones eran tantos y tan bien distribuidos que le convertían en

una potencia nacional capaz de hacer temblar al propio Gobierno, sí, por desgracia, se levantaba un día con dolor de estómago y soltaba unos bufidos de mal humor.

Después de una exploración del terreno, descubrí una puerta sobre la cual un letrero anunciaba a los extraños que aquello era la «Secretaría». A mí me habían indicado que debía presentarme, precisamente, en la secretaría para iniciar mi aproximación al trono del omnipotente mandamás, así que empujé la puerta y entré.

La morena que trabajaba detrás de la brillante mesa de recepción era lo que podía esperarse ver en aquella colmena monumental. Tenía curvas suficientes para llenar toda una película de *sex-appeal*, una mirada implacable y parecía tan humana como un trozo de granito.

Levantó la cabeza, me miró y a juzgar por la expresión de su cara yo podía haber sido el recogedor de basuras que se había equivocado de puerta.

—¿Sí? —Runruneó distraídamente.

—Soy Bart Mallion —le dije, amablemente.

—Eso no me dice nada.

—Míster Schrage me ha citado para las cuatro.

Por mi instante pareció asombrada. Murmuró:

—¿Y se llama usted Mallion?

—Bart Mallion.

—Es un nombre completamente desconocido...

—Eso se debe a que no frecuenta usted los círculos adecuados...

¿Va a anunciarme, preciosidad, o deberé pedir audiencia con una semana de antelación?

—Un momento...

Manipuló en un complicado intercomunicador y con voz neutra y monótona, dijo:

—¿Mavis? Tengo aquí a uno que dice estar citado con míster Schrage. Su nombre es Mallion. Te lo mando ahora.

—Hazlo subir —autorizó una voz metálica.

Desconectó el aparato, señaló una puerta y runruneó:

—Tome el ascensor. Estarán esperándole en el cuarto piso.

—¿Habrà allí un introductor de embajadores, monada?

Me enseñó los dientes en algo que no supe si era una sonrisa o una amenaza.

Había alguien aguardándome arriba. Alguien que superaba los encantos de la morena con generosidad. Si todas las empleadas eran como ellas, debía ser un tormento trabajar allí...

—¿Mallion? —inquirió la rubia.

—Así me llamo. ¿Qué nuevas ceremonias hay que hacer todavía?

—Miss Showers le atenderá, arriba. Por esa escalera, míster Mallion.

La escalera se enroscaba hasta una altura de un par de pisos más, y allí moría, seguramente agotada por tanto retorcerse. El que la subía, corría el riesgo de morir por otras causas, especialmente cuando llegaba al último rellano y advertía que había un ascensor cuya puerta dorada era una sarcástica burla para el recién llegado.

Lo que no tenía nada de burlón era la dama que aguardaba, enmarcada en una puerta de sólido roble barnizado. Tendría unos treinta años, y ese tiempo se había distribuido con tal generosidad por su cuerpo que resultaba casi increíble que tanta perfección anatómica fuera cierta. Debía haber truco en alguna parte.

No obstante, cuando se movió dentro de su apretado vestido de severo corte, me convencí de que no había trampa alguna. Todo lo que lucía era suyo, sin la menor duda.

—Míster Schrage está esperándolo. Por aquí, tenga la bondad...

El corto trayecto fue un andar sobre nubes, en parte, por la gruesa alfombra en la que uno se hundía hasta los tobillos, y, en parte, por estar completamente subyugado contemplando el contoneo fascinador de la máxima secretaria del gran mandamás.

Abrió una puerta, la mantuvo sujeta mientras pasé y, luego, la cerró silenciosamente.

No era un despacho demasiado grande. Sólo cabrían en él un par de compañías de infantería con sus pertrechos. La tremenda mesa de caoba fina estaba situada en el extremo más alejado, de manera que le daba ocasión a su ocupante de estudiar al recién llegado durante el trayecto de la puerta hasta sus inmediaciones.

Casi quedé con la boca abierta al ver al hombrecillo. Uno podía imaginar que quien ostentaba tan gigantesco poder era un tipo recio y de aspecto agresivo, rotundo y con cara de ave de presa.

Bueno, Samuel Schrage no era nada de eso. Apenas si mediría más allá de uno sesenta, era delgado y frágil y había una mirada

húmeda en sus ojos brillantes. Lucía una cabellera gris demasiado larga, pero que resultaba un marco indicado para su cara pálida y aristocrática.

—Siéntese, Mallion —dijo.

Al oírlo las cosas cambiaban. Era como escuchar las secas órdenes de un general en plena batalla.

Me dejé caer en una butaca. El siguió estudiándome durante unos segundos. Sacó un largo cigarrillo de fabricación especial, lo encendió, sin ofrecerme otro a mí, y al fin confesó:

—Tengo algunos problemas que me preocupan, Mallion.

—La gente que me llama siempre tiene problemas. Por eso me necesitan.

—Sí...

Espere. Había oído hablar tanto de aquel hombre, había leído tanto sobre él que, al tenerlo delante se me antojaba una tomadura de pelo, porque no encajaba en absoluto con la idea que me había forjado de su apariencia.

—Me han informado que es usted el investigador más eficiente y discreto de todo Hollywood, Mallion —me espetó—, y también el más caro. Espero que sea, por lo menos, el más discreto.

—Puede ponerme a prueba.

—No es necesario. Será discreto en todo lo que a mí concierne o tendrá que emigrar.

—¿Tendré qué...?

—Le pondré en la lista negra de todos los estudios del país. No volverá a trabajar para nadie relacionado, de cerca o de lejos, con la industria del cine o la televisión. Puedo hacer que...

—Está cometiendo un error —le interrumpí con calma.

—¿Qué?

—Empezar un negocio amenazándome es un mal sistema. Creo que he perdido el tiempo al venir aquí.

Me levanté, giré sobre los talones y me encaminé a la puerta.

Detrás de mí escuché una especie de balido, una queja inarticulada. Cuando ya alcanzaba la salida, alguien rugió:

—¡Vuelva aquí!

Volví sobre mis pasos, obedientemente. Antes de sentarme de nuevo, advertí:

—Le escucharé, pero no emplee ese tono dictatorial conmigo o

tendrá que buscarse otro detective. Para mí, usted es un cliente como otro cualquiera.

Enrojeció hasta la raíz de los cabellos. Después de dos intentos fallidos, gruñó:

—Siéntese, Mallion.

Me senté.

—Necesitaba eso —siguió—. No recuerdo que jamás nadie me haya hablado así en toda mi vida... O es usted un estúpido o es, precisamente, el hombre que necesito.

—No soy ningún estúpido. Debería saberlo, si ha pedido informes míos.

—Veremos. ¿Cuánto le cobró a Markevich, de la Universal?

—¿Se lo ha preguntado a él primero?

—Se lo pregunto a usted.

—Okey, ocho mil dólares. Pero mantuve a la Universal fuera del escándalo. Ni un solo periódico relacionó el asunto Markevich con el intento de chantaje y todo lo demás que usted sabe.

—Le pagaré el doble si consigue solucionar mis problemas con la misma discreción.

—¿Dieciséis mil?

—Ni un centavo menos.

—Trato hecho —dije con entusiasmo.

Se recostó en su sillón y apuró el cigarrillo. Luego lo aplastó y habló con voz contenida.

—Imagino que, en su tiempo, oyó usted hablar de mi separación...

—Lo leí. Creo que lo hubiese leído incluso sin querer. Se emplearon toneladas de tinta para describir sus dificultades domésticas.

—Hace tres años que sucedió eso... Leila no volvió a pisar un estudio... jamás.

—Leila Sheridan —comenté—. Recuerdo perfectamente cómo entusiasmaban a la juventud sus películas...

—¿También a usted?

—Entonces yo era joven..., con diez años menos todavía soñaba con mujeres angelicales y todo eso. Apenas, si tenía veinte. Pero éste no es su problema. Siga, por favor.

—Bien, nadie habló entonces de los motivos reales de nuestra

separación. Incluso Leila pareció aceptar las cosas con relativa comprensión, se fue a Reno y tramitó allí el divorcio. En un principio, creyó que podría sacarme una cifra astronómica en concepto de alimentos y demás. Pronto se desengañó. No he tolerado nunca que traten de estafarme, y si me separé de ella tuve poderosas razones, motivos suficientes para haber arrastrado su nombre por el fango. No lo hice. Con eso debió darse por muy bien pagada.

—¿Y bien?

—A su debido tiempo, recibí los documentos acreditativos de la separación. Estábamos divorciados. Ella trató entonces de volver a trabajar en el cine. Se encontró con todas las puertas cerradas.

—Ya veo.

—Le aseguro que desplegué todo mi poder y toda mi influencia para castigarla... En fin, desapareció y nadie volvió a saber una palabra de ella. El público la olvidó tan completamente como si jamás hubiera existido. Actualmente, nadie se acuerda ya de Leila Sheridan...

—¿Dónde está el problema, míster Schrage?

Aspiró hondo y sus ojillos relucieron con un súbito ataque de furia. A través del terrible brillo y del cambio en su expresión vislumbré al hombre que realmente era, duro como el diamante, despiadado y poderoso.

—Leila no se divorció de mí —masculló.

Tardé unos segundos en comprender todo el alcance de aquella afirmación.

—Pero usted dice que recibió unos documentos...

—Seguro. Falsificados. Legalmente, ella ha seguido estando casada conmigo durante tres años. Y, lo que es todavía peor, sigue estándolo ahora.

—Y usted volvió a casarse hace un año, ¿no es cierto?

—En efecto. Y soy enteramente feliz en mi matrimonio. No estoy dispuesto a poner en peligro esa felicidad ni la paz de mi hogar por culpa de una...

Calló. Yo dije:

—Creo entender que se trata de un chantaje. ¿Es eso lo que le preocupa?

—No lo han intentado abiertamente todavía. Solamente me

llamó un hombre hace dos días. Me dijo que estaba casado con Leila... y que sería muy interesante para mí hacer algunas averiguaciones respecto al divorcio. Me aconsejó que inquiriera de Reno cómo estaba el asunto. Recalcó que él no deseaba escándalo, si podía evitarlo, pero añadió que yo había hecho sufrir tanto a Leila que era forzoso que pagase una compensación adecuada a esos sufrimientos. Después se echó a reír y colgó.

—¿Y usted ha hecho averiguaciones en Reno?

—Muy discretamente, pero las he hecho. Jamás se ha tramitado allí un divorcio de nadie llamado Samuel y Leila Schrage.

—Pero eso indicaría que ella ya planeó el chantaje hace tres años. ¿Por qué no lo ha puesto en práctica hasta ahora?

—No lo sé. Usted deberá descubrirlo, entre otras cosas.

—Ya veo. ¿No le dijo ese amable comunicante cuándo le volvería a llamar?

—No.

—¿Ni le dijo nada más concreto que lo que acaba de contarme?

—Sólo una ligera referencia a Maggy...

—¿Quién es Maggy?

—Mi hija..., bueno, la hija de Leila. Cuando se casó conmigo la chiquilla tenía apenas diez años... Era fruto del primer matrimonio de su madre. Es una muchacha adorable que ahora cuenta con dieciocho años...

—Siga.

—Cuando nos separamos, Maggy tenía quince años y estaba interna en el mejor colegio del país. Hice todos los arreglos legales para quedarme con la chiquilla. No quería que siguiera la vida de depravación que yo había descubierto que le gustaba a su madre...

—¿Cómo lo tomó Leila?

—Primero, se puso como una fiera. Luego, accedió a mis pretensiones mediante un único pago de cuarenta mil dólares. Y sé que la chiquilla es feliz conmigo. Incluso he tenido la suerte de que entre ella y mi esposa se haya establecido un cariño casi tan fuerte como si, realmente, fuera mi hija y la de Rose..., mi mujer.

—¿En qué consistió la referencia a la muchacha?

—El hombre me dijo que estaban dispuestos a arrebátarmela...

—¿Tiene usted algún documento firmado por la madre, en el que ésta renuncie a su hija?

—Naturalmente, y en el que se especifica que cobró esa suma en compensación..., pero sé que ese papel solo puede provocar un escándalo en caso de tenerlo que exhibir en un tribunal. Y, con el escándalo, sería Maggy quien más sufriría. Públicamente, constaría que había sido vendida por su propia madre. Usted puede imaginar todo eso con detalle, Mallion.

—Seguro. ¿Qué es exactamente lo que desea que yo haga?

—Encuentre a Leila y su actual marido. Convénzales de que es peligroso tratar de chantajearme..., y no me importa el medio de que se valga para conseguirlo.

—Comprendo... ¿Puede contarme también la *razón* de su divorcio, mister Schrage?

—Eso no le importa a usted en absoluto —masculló, furioso.

—*Okey*. Haré lo que pueda. ¿Conoce el lugar donde vivió Leila después del divorcio?

—Le regalé una pequeña residencia en Pasadena. Esa casa y los cuarenta mil dólares fue todo lo que pude sacarme, en lugar del millón con que me amenazó.

—Deme las —señas de la casa de Pasadena.

Las anotó en un papel y me lo entregó. Luego, gruñó:

—No quiero que acepte usted ningún trabajo hasta que haya terminado con este asunto. Debe dedicarle todo su tiempo. ¿Está claro, Mallion?

—Seguro. ¿Cómo y cuándo desea usted que le informe?

—No quiero volver a saber nada de usted hasta que haya solucionado el problema. Hasta entonces...

Abrió un cajón del escritorio, sacó un cheque ya extendido y me lo entregó a través de la mesa. Pensé que se trataba de un anticipo, pero al examinarlo vi que era por valor de dieciséis mil dólares.

—Así que ya sabía usted cuánto me había pagado Markevich —comenté.

—Hay pocas cosas que yo no sepa. Buenas tardes, Mallion. Mi secretaria le acompañará.

—Conozco el camino.

Salí. La despampanante secretaria me llevó hasta la escalera, dejó que la examinara durante unos segundos y luego volvió atrás y la perdí de vista.

Recorrí el camino de salida con la cabeza dándome vueltas, y no

por efecto de la retorcida escalera.

CAPÍTULO II

Sentado en el coche, dudé entre comenzar directamente por el antiguo domicilio de Leila o dar unos rodeos preliminares, para formarme una más clara idea del cuadro en el que debería moverme.

Había algunas cosas sorprendentes en el relato de míster Schrage. En primer lugar, no me había pedido nada más, ni nada menos, que asustara a los chantajistas. Por lo visto, no le interesaba saber quién era el tipo que le había llamado por teléfono, ni la idea, un tanto sorprendente, de que el mismo chantajista se hubiera identificado con tanta claridad. Si era el marido de Leila, una vez localizado, sabía que sería identificado como autor de un grave delito.

Absurdo.

O quizá estaba tan seguro de su posición que no le importaba ese riesgo. Después de todo, especulaban con el escándalo tremendo que podría desencadenar un caso semejante, además de arruinar el nuevo matrimonio del potentado y la felicidad de su hijastra...

Decidí que me interesaba, especialmente, saber con detalle los antecedentes del asunto, incluidos sus personajes, y en un caso de divorcio de gente tan famosa sólo había un medio de desenterrar lo que todo el mundo tenía interés en callar.

Manejé el convertible por entre el tránsito y emprendí el camino de Wilton Place, donde cierta dama, justamente temida en Hollywood, tenía su apartamento.

Su nombre era Claudette. No creo que nadie supiera realmente cuál era su apellido. Hasta es posible que ella lo hubiera olvidado. Llevaba tantos años firmando sus vitriólicos artículos con sólo el nombre, que todo el mundo la conocía por Claudette a secas.

Si alguna vez ha existido una vieja cotorra dedicada a aventar los eternos y sucios chismes del mundo del cine, una dama cuya pluma destilara veneno, pueden ustedes apostar que no es otra que Claudette.

Me recibió envuelta en una bata de seda, cuajada de volantes, luciendo un peinado de cincuenta dólares y fumando uno de sus apestosos cigarrillos mejicanos, de tabaco negro.

—Entra y siéntate —me espetó por todo saludo—, estoy acabando un pequeño trabajo. Puedes buscar algo con que entretenerte entretanto, Bart..., y no te olvides de mantener la boca cerrada hasta que te avise.

—No quiero interrumpir tus delirantes artículos, Claudette, así que...

—Cállate. El *whisky* está en el lugar de costumbre.

Desapareció de la estancia igual que un grueso remolino de cuarenta años. Era voluminosa, con cara de indio sioux sobre la que se elevaba el extravagante peinado. Pero se movía como un huracán.

Encontré el *whisky*, me arrellané en una butaca y aguardé.

Tuve tiempo sobrado de meditar y vaciar tres veces el vaso antes de que hiciera su aparición.

Vino hacia mí, con sus andares de luchador, se dejó caer en una butaca y resopló:

—Prepárame un trago, querido. Hoy tengo un día pésimo.

—Alguien lo lamentará, cuando salga a la venta esa apestosa revista que te paga la basura que escribes...

—Sigues siendo el mismo tipo desagradecido de siempre. Después de lo que he hecho por ti, Bart Mallion...

—Olvídalo. Eso te hará ver el mundo con cristales color de rosa.

Le ofrecí un vaso con una tremenda cantidad de licor. Lo apuró tan rápidamente que apenas si me di cuenta de cuándo lo vaciaba.

—Ahora, desembucha, querido —autorizó, suspirando—. ¿En qué embrollo estás metido?

—Todavía estoy limpio, Claudette. Pero necesito informes. Algo que sucedió hace tres años.

—Mis archivos alcanzan a veinte años atrás, aunque eso sea delatar que soy una vieja. ¿Qué te preocupa realmente, Bart?

—El divorcio de Samuel y Leila Schrage.

Encanutó los labios y emitió un débil silbido.

—¡Hijo! —exclamó—. Deja que la abuela te de un buen consejo... Olvídate de Schrage. Ni yo me atrevo a sacudirle el polvo en mis artículos. Quizá sea el único hombre a quien temo. Y sé lo que me digo, Bart.

—Ya me has dado el consejo. Ahora dame algo más. Por ejemplo, el motivo del divorcio y cosas así. Mete la nariz en tu estercolero secreto y regálame los oídos.

—Tu manera de hablar delata tu esmerada educación, amor. No creo que le permitiese a nadie que...

—Se trata del asunto Schrage, Claudette —le recordé, interrumpiéndola.

Sonrió y se arrellanó más cómodamente en la butaca.

—No necesito archivos para responderte. Se da la circunstancia que ese divorcio lo tengo clavado en el corazón como una espina.

—¡No me digas!

—Pudo ser el mayor escándalo del siglo, tú sabes... No por las circunstancias, que en Hollywood se dan todos los días, sino por la categoría de los protagonistas. Planeé una serie de reportajes sensacionales, algo j que habría levantado ampollas en... Bueno, resumiendo, tuve que tragármelo con copias y todo.

—Eso debió ser muy duro para ti.

—No lo sabes tú bien. El viejo fósil desplegó sus influencias, desencadenó sus truenos y nos cerraron la boca de tal manera que jamás he podido olvidarlo.

—Ya veo...

—Nunca me había ocurrido nada igual. No me ha sucedido después.

—Pero te sucedería, si tratases de meterte con el viejo dios de Hollywood, ¿eh?

—Seguro.

—Muy bien. Ahora hálame del divorcio.

—En fin, es tu pellejo el que arriesgas... Cuando pierdas la licencia, quizá pueda encontrarte un empleo de portero o algo así...

Encendí un cigarrillo. Poco a poco había conseguido que la voluminosa cotorra de Hollywood y Beverly Hills entrara en situación, siguiéndole el juego y llevando el agua a mi molino.

Y de repente indagó:

—¿Para quién estás trabajando, Bart?

—Ésa es una pregunta tonta.

—Ya comprendo; el secreto profesional y todas esas zarandajas. Está bien, se divorciaron porque Leila se pasó de rosca.

—Más claro.

—Era mucho más joven que el viejo fósil. Además, muy ligera de cascos. Estaba en la cumbre de la fama y se sentía adorada por millones de enardecidos admiradores. Eso la convenció de que el mundo era suyo y que cualquier cosa que ella hiciera estaba perfectamente. El viejo no lo creyó así y la arrojó al arroyo, como vulgarmente se dice.

—Bueno, no estás escribiendo una de tus historias. Necesito detalles, nombres y situaciones, ¿puedes comprenderlo?

—Está bien... Leila fue protagonista de una serie de líos amorosos interminable. Afortunadamente para ella, actuó con suma discreción y Schrage, si se enteró, los pasó por alto gracias a esa falta de publicidad y de escándalo. Entonces apareció Ballinger.

—¿Te refieres a Mort Ballinger?

—El mismo. Entonces no era famoso ni nadie sospechaba que pudiera serlo alguna vez. No era más que un mequetrefe apuesto, hermoso como un dios griego y con menos sesos que un mosquito. Pero le dio el flechazo a Leila... y ahí acabó su discreción.

—Ajá; y Schrage entró en acción. Ya veo el resto.

—Quizá lo veas o quizá no. Tengo para mí que el viejo odió a Leila más por el descaro con que actuó que por su volcánica pasión. El caso es que la mandó al diablo, se negó a pasarle ninguna cantidad y la borró del mundo del cine y la televisión de tal manera, que no ha vuelto a pisar un «plató» desde su divorcio.

—¿Siguió con Ballinger después del desastre?

—Algunos meses. El creyó que había hecho su fortuna, porque Leila no se recató en pregonar que la separación iba a costarle nada menos que un millón de dólares a Schrage. Y un millón en manos de ella era como si estuviera en el bolsillo de Mort Ballinger.

—La eterna historia, ¿eh? Cuando el monigote comprendió que el millón no existía en ninguna parte, cambió de rumbo.

—Poco más o menos. Algún tiempo después, la Baker Record se apoderó de él, se gastó una fortuna en publicidad y lo lanzó como a una fulgurante estrella de la canción moderna...

—Tuvo suerte. Tengo entendido que los discos de ese vociferante tipo se venden por millones.

—Quien tuvo suerte fue la Compañía que lo lanzó. Baker es un zorro con los sentimientos de un chacal. No creo que Mort Ballinger sea muy feliz con su triunfo.

—Bueno, ya sé cómo funciona ese negocio. El ochenta por ciento de las ganancias de sus discos es para la Compañía. Del veinte por ciento restante debe pagar los impuestos y demás...

Se echó a reír.

—Lo tienen bien amarrado —comentó—. Todos esos mequetrefes son iguales. Se dejan desplumar a cambio de la fama. No tienen redaños, Bart..., parecen de una raza distinta. A ti no podrían estafarte, ¿eh?

—Ya ha habido quien lo ha intentado alguna vez —dije—. Pero nos hemos desviado del asunto. ¿Qué fue de Leila después que Mort la dejó empantanada?

—Estuvo por aquí una temporada dando tumbos. Luego desapareció y tengo entendido que pasó cierto tiempo cantando en algunos *cabarets* de Méjico, y no de los lujosos, precisamente.

—Pero ella tenía una casa en Pasadena.

—Y debe seguir teniéndola todavía. Pero ya te digo que ella dejó de ser noticia hace años. No le interesan a nadie las andanzas de esa pequeña zorra.

—Me interesan a mí.

—Tú siempre has sido un caso desesperado, querido. ¿Qué más deseas, aparte de beberte mi *whisky* y sacarme esa información?

—Necesito encontrar a Leila.

—Nada más eso... ¿Para qué?

Me encogí de hombros.

—No lo sé. Tengo que encontrarla, eso es todo. Quizá si empiezo a seguirle la pista desde el principio, después que Ballinger la plantó, pueda llegar hasta ella. ¿Qué opinas tú, Claudette?

—Bueno, si lo que estás buscando es un buen escándalo, adelante. Yo vivo de los escándalos. Pero si no te pagan endiabladamente bien, abandona el asunto...

—¿A causa del viejo Schrage?

—Eso por una parte. Pero hay algo más y tú debieras saberlo. Mort Ballinger pertenece en cuerpo y alma a la Baker Record.

—¿Y qué?

—La Baker Record es propiedad de Nicholas Baker.

Puse en marcha las ruedecillas de mi cerebro. Casi pude oír el girar de los engranajes hasta que cada piedrecita encajó en su lugar y comprendí.

—Nicholas Baker —murmuré—. El ex rey del hampa en California; ¿es eso lo que quieres darme a entender?

—Exacto. Y no digas ex rey. Hay mucha gente que todavía lo considera en el trono del hampa. Tiene otros negocios aparte de la compañía de discos, entre ellos todos los tocadiscos automáticos del estado. El los provee con su producción, sus cantantes exclusivos y destroza cualquier clase de competencia. Y todavía conserva los mismos empleados, para llamarlos de alguna manera, de sus viejos tiempos.

—¿Crees que se molestará si interrogo a su estrella exclusiva?

—¡Oh, seguro que se enfurecerá! Cualquier pequeño escándalo puede dar al traste con la publicidad del muchacho sencillo, el típico y generoso americano que ha creado. Es una inversión de millones y millones la que Mort Ballinger representa. Baker no se arriesga jamás a poner en peligro una fortuna, sólo porque un detective privado tiene que satisfacer la curiosidad de un cliente.

—Ya veo...

Me levanté, le di un último achuchón a la botella y, después, miré a la voluminosa mujer con sumo interés.

—Eres un auténtico torrente de información, Claudette. No sé qué sería de mí sin tu ayuda.

—Yo sí que lo sé, pero es preferible olvidarlo. ¿Tienes suficiente con lo que me has sacado?

—Creo que sí.

—Bien, ahora desembucha tú, querido. Yo tengo que ganarme la vida con los chismes. ¿Hay un escándalo en puertas con Leila? ¿O tal vez alguien desea hacerle cosquillas al viejo fósil...?

—Hasta el momento no hay nada de ningún escándalo. Y ya sabes cómo trabajo, Claudette; el cliente es sagrado para mí. Recuerda el asunto de la Universal.

Arrugó el entrecejo. Su ancha frente se convirtió en un mar de surcos endiablado. Sus ojos centellearon.

—Chantaje —rezongó—. Es eso lo que quieres darme a

entender, ¿no es así, Bart?

—Pudiera serlo, aunque de momento estamos en los preliminares. He de proteger a mi cliente..., incluso contra tu voracidad profesional.

—De acuerdo, muchacho. Pero si puedes darme material para un par de reportajes sin que tu cliente salga descalabrado, estaré encantada de escucharte. Será una especie de pago por el trabajo que te ahorro en cada uno de tus asuntos. ¿Conforme?

—Por supuesto. Siento debilidad por ti, aunque maldito si comprendo por qué me la inspiras.

—Quizá sea porque tú y yo nos comprendemos perfectamente sin necesidad de fingir. ¿Cuántos años han pasado desde que nos conocimos, Bart?

—Muchos, Por aquel entonces yo empezaba..., ¿recuerdas?

—No toques mis fibras sensibles —resopló, levantándose con la gracia de una ballena adulta—. Además, si pienso demasiado en aquellos años, me siento todavía más vieja.

—Tú nunca serás vieja —afirmé sinceramente.

—Ahora lárgate, muchacho. Ya tienes todo lo que querías de la abuela.

—A veces pienso que me gustaría que fueras realmente mi abuela, querida. Aunque para eso tendrías que ser mucho más vieja... y eso no te gustaría a ti. Adiós, Claudette. Te veré cualquier día de éstos, por ahí.

Me miró marchar con una rara expresión en su rostro duro. Realmente, el recuerdo del pasado debía enternecerla todavía...

Después de todo, no debía ser tan dura como quería aparentar.

CAPÍTULO III

Anohecía cuando detuve el auto frente a la dirección de Pasadena que me facilitara Schrage. Era una casita que en otra época debió servirle al magnate de refugio donde descansar tranquilo los fines de semana, pero que con la avalancha de nuevas urbanizaciones y el gigantesco incremento de la construcción había acabado engullida por una inundación de otras construcciones similares, de una o dos plantas, rodeadas de un pequeño jardín uniforme, una piscina pequeña y un garaje. Todo ello de fabricación en serie, de manera que la casa que perteneciera al magnate destacaba entre las demás por su propia personalidad.

Había luz en dos o tres ventanas, y tan pronto llamé al timbre, la puerta se abrió y una mujer quedó enmarcada en ella, mirándome con curiosidad.

Tendría sus buenos cincuenta años y vestía un discreto uniforme de sirvienta. Eso desbarató algunas de mis ideas preconcebidas.

—¿No es un poco tarde para que vaya usted vendiendo cosas? —me espetó con ironía—. Estaba preparando la cena y no puedo dejar abandonada la cocina mucho tiempo.

—No trato de venderle nada, señora. Tal vez quiera comprar informes a buen precio.

—No comprendo...

—Usted trabaja aquí, supongo.

—Soy la cocinera, ama de llaves, camarera, niñera y otros tres o cuatro cargos más.

—Espero que le paguen por todos ellos. ¿A quién pertenece esta casa actualmente?

Me miró con suspicacia. La expresión humorística de su rostro bondadoso, desapareció como por ensalmo.

—Deberá usted decirme primero quién es usted..., y recuerde que he de volver a la cocina antes que se eche a perder la cena.

—Mi nombre es Mallion... Acabo de regresar del Este, y al pasar por aquí he querido comprobar si Leila vive aquí todavía.

—¿Usted conoce a la señora?

—Entonces, ¿sigue viviendo aquí?

—Naturalmente. Ésta es su casa.

—¿Leila Sheridan?

—Ahora se llama Leila Greasley. Está casada con Edward Greasley.

—Comprendo. Supongo que no estará en casa ahora... Me gustaría saludarla si fuera posible —dije, arriesgándome a echarlo todo a perder. Pero era indispensable seguir con mi papel y dio resultado.

—No puede tardar en llegar. Si desea esperarla, puede pasar. Así conocerá también al marido. Es una persona sumamente agradable.

—Lo lamento, pero apenas me queda tiempo. Sólo deseaba saber si ella seguía ocupando esta casa. Volveré otro día con más calma y entonces recordaremos los viejos tiempos. Gracias de todos modos. Ha sido usted muy amable.

—¿Cómo dijo que era su nombre? Es para decirle a la señora que ha estado usted aquí.

—Mallion. Bien, buenas noches.

Me apresuré a largarme de allí, antes que volvieran los dueños de la casa.

Hube de reconocer que estaba desconcertado como mil diablos. Presentía que había trampa en alguna parte. Todo era demasiado fácil. Un hombre que se identifica a sí mismo como el marido de Leila insinúa una amenaza de chantaje por teléfono. Y en mi primer intento doy de narices con el matrimonio en cuestión..., y resulta que tienen una vieja sirvienta y que la casa respira aire hogareño por los cuatro costados.

Tenía suficiente experiencia para saber que el ambiente en que se mueven los chantajistas es muy distinto del que parecía envolver a Leila y su nuevo esposo.

Tampoco podía tratarse de un chantajista vulgar. Sólo a un loco se le ocurriría provocar a Schrage... Un loco o un individuo endiabladamente listo y bien protegido por algo capaz de mantener

quieto al viejo buitre de Hollywood...

Edward Greasley había dicho la mujer que se llamaba el marido de Leila. ¿Quién sería el individuo?

Volví a la ciudad sin dejar de reflexionar sobre una porción de detalles capaces cada uno de ellos, por sí solos, de desconcertarme. Incluso dudé de mi cliente. ¿Me habría mentado?

Cené rápidamente, fui hasta mi apartamento y desde allí comuniqué por teléfono con una agencia de Reno. La llamada a larga distancia fue establecida en pocos minutos, de manera que hablé con el encargado de noche de la agencia, detallándole lo que me interesaba.

Satisfecho por ese lado, me dispuse a pasar una velada tranquila, leyendo el periódico y contemplando un rato la televisión.

Luego, apenas me hube instalado, cambié de idea al leer el anuncio del Diamond Club, uno de los tugurios más espectaculares del Sunset Boulevard, enclavado en el Strip, esa faja sorprendente en la que los tugurios se amontonan y donde todas las colegas de Claudette encuentran la mayor parte del material que utilizan para sus artículos cargados de pimienta y vitriolo. Ese pedazo de tierra que no pertenece a Los Ángeles, en el que la policía metropolitana no puede poner el pie, porque la autoridad recae única y exclusivamente en el alguacil mayor del condado y sus agentes, ataviados con uniformes de opereta y un gran revólver colgando de la cintura, tan bajo como el de los viejos

gun-mans

del Oeste...

Según mis datos, esas facilidades eran muy convenientes también para hombres como Nicholas Baker, uno de cuyos negocios era precisamente el Diamond Club.

El anuncio en cuestión ostentaba una gran fotografía de un muchacho de unos veinticinco años, de anchos hombros, reluciente dentadura y tan bien parecido que infundía sospechas.

Era Mort Ballinger, la inversión de Nicholas Baker, el mequetrefe de quien me había hablado Claudette; el tipo que tres años atrás fue la causa del estallido que arruinó el matrimonio de Schrage...

Decidí verlo personalmente, aunque para ello tuviera que soportar sus berridos y contorsiones ridículas en el escenario, así

que volví al coche y emprendí el trayecto hasta la pequeña sucursal del infierno que era aquella parte del Sunset Boulevard.

Cuando entré en el Diamond, una delicada bailarina exótica, para decirlo de alguna manera, terminaba su número entre una salva de aplausos y silbidos de aprobación. Sobre la pista, sus prendas de ropa eran un mudo testimonio de la razón de aquel entusiasmo. Tenía un cuerpo frágil como una porcelana china, pero se movió como una centella, desapareciendo en la oscuridad que reinaba detrás del cono de luz del foco.

Un camarero me condujo a una mesa adosada a un rincón. Pedí un *whisky* y cuando lo trajo, pregunté:

—¿Está aquí Mort Ballinger?

—No actúa hasta dentro de una hora.

—Ya he visto los carteles. Sólo he preguntado si está aquí ahora...

—Quizá...

Suspiré al depositar cinco dólares sobre la mesa.

—Tráigalo —dije.

Se embolsó el billete. Luego quiso saber:

—¿Quién le digo que desea verlo?

—¿Eh? Oh, claro... Un admirador, eso es; un ferviente admirador de sus berridos.

Enarcó las cejas.

—¿Quiere usted que se lo diga así mismo?

—Si eso ha de hacer el milagro de que venga aquí, sí.

Estuvo unos segundos mirándome. Después esbozó una sonrisa y sacó los cinco dólares del bolsillo, depositándolos sobre la mesa otra vez.

—Tenga —murmuró—. Lo que acaba de decir me compensa por el tormento de tener que escucharlo cada noche. Desde que empezó a cantar aquí que esperaba oír a alguien decir eso. Se lo traeré.

Se fue. Creo que incluso se sintió rejuvenecido.

Pero trajo al cantante tal como había prometido.

Mort Ballinger era exactamente como lo había descrito Claudette. Para las mujeres de la clase de Leila debía ser irresistible, demoledor como un buen puñetazo en la boca.

Demasiado perfecto. Era grande y robusto, con anchos hombros. Sus cabellos eran negros como el azabache y los llevaba largos

como una mujer. Unos ojos pálidos y crueles, desapasionados, estropeaban un poco el hermoso efecto de su cara.

—¿Qué es lo que ha dicho usted respecto a mi manera de cantar? —me espetó con voz profunda.

El camarero guiñó un ojo y se fue, muy contento.

—Siéntese, Ballinger. Quiero hablar con usted.

—Sólo he acudido a su mesa porque me ha parecido que sus palabras eran un insulto para mí.

—Tal vez lo eran... Me quedan otras, todavía. ¡Siéntese!

Se interrumpió, estuvo unos segundos mirándome, iracundo y desafiante. Luego, algo pareció desvanecerse en su figura y se dejó caer sobre la silla.

—¿Quién es usted, compañero? —indagó con acento seco.

—Bart Mallion. Tal vez haya oído hablar de mí.

—¿El fisgón de Hollywood?

—Ajá.

Enseñó la dentadura.

—Vaya, vaya... ¿Quién le paga, soplón? —Parecía feliz, satisfecho de que un investigador privado estuviera tras sus huellas —. Apuesto que se trata de uno de esos maridos susceptibles...

—Usted debería saberlo.

—Bueno, las mujeres se vuelven locas por mí, compañero. Ya sabe cómo son esas cosas... Uno es incapaz de desengañarlas y...

Sentí tentaciones de hacerle tragar toda su reluciente dentadura.

—¿Pudo desengañar a Leila Schrage, Ballinger?

Cerró la boca de golpe, desconcertado.

—¿Leila? Pero, hombre, hace años de eso...

—De ella quiero que me hable, precisamente.

—¿Por qué?

—Así no vamos a llegar a ninguna parte. A menos que sea usted un cretino integral, sabrá las dificultades que puedo crearle, de manera que no me venga con evasivas. Quiero que me hable de Leila, de lo que sucedió después que ella se divorció hasta que se separaron, y lo que sepa del hombre que le sustituyó a usted...

—¿Nada más que eso, verdad? —rió.

—Estoy esperando, Ballinger...

—¿Qué se supone que debo hacer ahora, ponerme a temblar? Sé la clase de tipo que es usted. Todo el mundo en Hollywood ha oído

hablar alguna vez del gran Bart Mallion..., el bastardo capaz de hundir a cualquiera, para satisfacer a quien le paga. Bueno, no me gusta usted, ¿sabe? No me asustará tan fácilmente como cree. Soy demasiado importante, demasiado grande, para que me inquiete ningún gusano.

—Lo chistoso del caso es que usted mismo se cree todo eso. Bueno, veremos qué tal le sienta la publicidad que puedo hacerle gratuitamente a través del *Wisp* y otras publicaciones semejantes.

Parpadeó. Pude ver perfectamente cómo luchaba con su cerebro de retrasado mental, para adaptarse a la nueva situación.

—No tiene nada contra mí —gruñó—. No podrán publicar nada que me perjudique.

—Veremos. Puede largarse de aquí, míster Músculos. Ya hemos perdido demasiado tiempo.

No se movió. Siguió con la lucha empeñada con su escaso intelecto. Tras unos minutos, refunfuñó:

—Creo que alguien debe pararle a usted los pies, Mallion...

—¿Empieza a asustarse?

—¡Que se cree usted eso! Sé que no puede perjudicarme. Todo lo que la gente dice de mis aventuras con mujeres es cierto. Usted lo sabe y yo lo sé. Si ellas son idiotas y se vuelven locas por mí, eso es asunto aparte...

—Lárguese —le atajé—. Usted apesta a mofeta, amigo.

—Quiero decirle algo más todavía; no existen pruebas, ni fotografías que puedan comprometerme. Y ninguna de «ellas» querrá hablar de sus escarceos conmigo, por temor al escándalo. ¿Qué cree usted que puede publicar, mi biografía? Me inspira usted lástima, compañero.

—Está silbando en la oscuridad para ahuyentar el miedo. Han montado una ingente publicidad sobre usted, basada en su sencillez, en sus costumbres de hombre honesto y fuerte, el prototipo del joven americano, ejemplo para el mundo. Me da usted náuseas. Le han faltado sesos para adaptarse a esa publicidad y un solo artículo contándoles a los papanatas que le tienen por su ídolo la clase de bicho que es, puede derribarle del pedestal. Y eso es lo que le ocurrirá si se niega a colaborar conmigo. ¿Puede entenderlo, a pesar de su cerebro de mosquito?

Encajó la andanada como si fuera una racha de puñetazos. Se

levantó, pálido y furioso. Con los dientes apretados, masculló:

—Vaya preparándose para cambiar de aires, Mallion.

—Me da usted lástima —dije, sorbiendo los restos de mi *whisky*.

Giró sobre sus talones y se alejó. Pensé que había conseguido con ese cambio de cumplidos..., y hube de confesarme que el resultado era un cero tan grande como una rueda de mi coche.

Luego me pregunté por qué demonios un tipo fatuo, engreído y sin moral como Ballinger, se había cerrado tan completamente ante mis preguntas sobre Leila. Para él era una gran cosa presumir de sus conquistas... ¿Por qué no sucedía lo mismo con la que me interesaba a mí?

Llamé al camarero, pagué y esta vez aceptó una buena propina. Después de eso, me largué con la vaga idea de que había estado haciendo el tonto.

O quizá no. Veríamos qué resultaba de mis bravuconadas con el saco de músculos sin seso.

CAPÍTULO IV

El teléfono scandalizó cuando terminaba de afeitarme. Atendí la llamada y una voz suave como una caricia, impersonal, respondió a mi pregunta:

—Le habla la secretaria de míster Schrage. ¿Puede usted pasar por la oficina esta mañana a las diez, míster Mallion?

—Naturalmente.

—Le ruego sea puntual. Míster Schrage es muy estricto con las citas.

Le prometí que sería puntual como un reloj y colgué, un tanto preocupado.

Acabé de vestirme, hice café y unas tostadas y dejé que pasara el tiempo para ir directamente a la oficina del gran mandamás a la hora convenida.

Precisamente cuando me disponía a salir, llamó otra vez el teléfono.

Era una llamada de larga distancia desde Reno. La voz de Staton, el mejor detective de Nevada, llegó hasta mí perfectamente clara.

—¿Cómo te va, Bart? Creo que anoche le dijiste a mi agente que el asunto era endiabladamente urgente.

—Y lo es. ¿Quieres decir que ya tienes algo para comunicarme?

—Seguro. ¿Para qué crees que te llamo a larga distancia? No hay constancia de ese divorcio en ninguno de los registros de la ciudad. ¿Era eso lo que esperabas?

—Poco más o menos. Escúchame no obstante. ¿Hay alguna posibilidad de que se celebre más tarde, o que esté inscrito en algún pequeño tribunal de pueblo? Ya sabes lo que quiero decir.

—Ni la más remota posibilidad. Todos los tribunales del

condado tienen la obligación de enviar copias de todas sus actuaciones al registro central de Reno. Puedes estar seguro de que ese divorcio no se tramitó aquí.

—¿Pudo conseguirse en otra parte del estado, sin que haya constancia en Reno?

—Eso es distinto... En Las Vegas, por ejemplo.

—*Okey*, mueve a tus hombres y entérate de todo lo que puedas. Si encuentras algo en Las Vegas, llámame inmediatamente, aquí o a mi oficina. Si estoy ausente, podrás dictar tu informe a un dictáfono automático.

—De acuerdo. Suerte, muchacho.

Colgué. Después de todo, estaba resultando cierto lo que me dijera el viejo...

Cuando llegué a su oficina, las dificultades con la legión de secretarías fueron allanadas desde la cumbre del edificio por la secretaria mayor.

Schrage estaba sentado detrás de su escritorio como si no se hubiera movido de allí desde la primera vez que lo viera. Inmóvil como un ídolo de madera, sólo sus ojillos parecían tener vida.

—Siéntese, Mallion —gruñó—. Le dije que no quería verle por aquí hasta que hubiera terminado el asunto. Bueno, hay algo que ha hecho necesario llamarle.

—Hábleme de ello.

—Quieren cien mil dólares.

Respingué en la butaca.

—¿Cien mil?

—Ésa debe ser la primera entrega. No van a conformarse con menos de quinientos mil. El segundo pago deberá ser de cuatrocientos mil dólares, pero me dan dos semanas de tiempo para reunir esa suma en billetes pequeños y viejos.

—¿Cuándo debe pagar los cien mil?

—Pasado mañana por la noche. También en billetes pequeños y viejos.

—Ya veo.

—Tendrá que moverse usted, Mallion. No pienso pagar ni dejar que me estafen. Quiero aplastarlos, maldita sea...

Habló sin apasionamiento, como si estuviera tratando de negocios. Sin embargo, había un brillo demoníaco en sus ojos de

ave de presa. Debía tener un control perfecto sobre sus emociones.

—¿Cuándo le ha hablado el chantajista, míster Schrage?

—Anoche. Tuvo el atrevimiento de telefonarme a mi propia casa. ¡El maldito bastardo! Pudo coger el teléfono mi mujer y... No quiero ni pensarlo.

—Bien, no se altere sin más motivos que los actuales. ¿Volvió a mencionar que estaba casado con Leila?

—No. ¿Para qué? Ya lo dijo la primera vez.

—Era sólo una idea.

—Déjese de ideas y encuentre a esa pareja de granujas, Mallion. Para eso le pagué dieciséis mil dólares.

—Los encontré anoche —dije con calma.

Abrió la boca, estupefacto. Luego la cerró con un chasquido seco de los dientes y me miró como si quisiera desintegrarme.

—¿Qué clase de juego se lleva entre manos, Mallion? —explotó al fin—. Viene aquí, me deja hablar y se guarda para el final la única noticia que puede satisfacerme... ¿Olvida acaso que trabaja usted única y exclusivamente para mí?

—Usted no me ha dado ocasión de hablarle de eso. Tenía mucha prisa por informarme de la demanda de dinero.

—Está bien, no perdamos tiempo. ¿Consiguió asustar a esa pareja de cuervos?

—No los vi. Sólo hablé con una sirvienta que tienen, una mujer de unos cincuenta años, simpática y comunicativa.

—¡Olga! —exclamó.

—¿La conoce usted?

—Era la doncella de Leila... Estaba a su servicio desde que empezó a trabajar en el cine... De manera que sigue a su lado, ¿eh?

Asentí con un gesto.

—¿Dónde viven? —quiso saber.

—En la casa de Pasadena, cuyas señas me facilitó usted.

Asombrado, estuvo mirándome como si no diera crédito a lo que oía.

—Es absurdo —gruñó—. Estaba seguro que la había vendido para obtener dinero suficiente con que vivir... Ni siquiera se me ocurrió que siguiera conservándola.

—Vive allí —remaché—. Resultó ridículamente fácil.

—Está bien, maldito si me importa dónde viva o deje de vivir.

¿Cuándo piensa usted apretarle las clavijas, Mallion? Le autorizo a que sea tan duro como quiera. Le respaldaré en cualquier circunstancia que no entrañe publicidad.

—Debo esperar la ocasión propicia, míster Schrage. Precipitar las cosas podría echarlo todo a perder.

—Está bien, hágalo a su manera, pero quíteme a esas sanguijuelas de encima. Aplástelas...

Había un tremendo odio burbujeando en el fondo de su voz. Me levanté sin replicar, disponiéndome a abandonar la oficina. Entonces él dejó el sillón en que estaba sentado, lo cual debió representar una extraordinaria deferencia hacia mí, y anduvo alrededor de la mesa hasta enfrentarse conmigo. Era más frágil físicamente de lo que parecía estando sentado.

—Una cosa más, Mallion —dijo con voz cansada.

—¿Sí?

—Estoy dispuesto a pagarle diez mil dólares más.

Casi me tambaleé. Pensé que iba a pedirme que les pegase un par de tiros a cada uno de los chantajistas...

—¿Por hacer qué, míster Schrage?

—Consiga que Leila se divorcie de mí realmente, sin la menor duda y sin el más pequeño escándalo. ¿Cree que podrá hacerlo?

—Habiéndose casado ella también por segunda vez, no es difícil; aunque existe el riesgo del escándalo. Usted debe entenderlo.

—No quiero que los periódicos hablen de eso. Ni esas sucias revistas de chismes.

—Veré qué puedo hacer. Supongo que lo primero que desea es acabar con la amenaza de chantaje. ¿No es cierto?

—Exacto.

—Muy bien; llámeme si vuelven a comunicarse con usted.

—Lo harán, para indicarme dónde debo depositar el dinero.

—Eso nos ayudará.

Me acompañó hasta la puerta esta vez, lo cual dejó con la boca abierta a la bellísima *miss* Showers. Después, cuando se hubo cerrado la puerta del gran mandamás, la ondulante secretaria anduvo a mi lado hasta el inicio de la escalera de caracol, pero, una vez allí, susurró:

—Por favor, míster Mallion..., puede usted utilizar el ascensor.

Señaló la puerta dorada. Después la abrió, mostrándome un

pequeño cubículo acolchado, alfombrado y tan lujoso como el dormitorio de una estrella.

—¿He subido tan alto, preciosidad? —indagué con ironía.

—Órdenes del patrón. Cuando vuelva usted suba directamente por el ascensor privado. El conserje tendrá instrucciones al respecto.

—Magnífico. Tengo la esperanza de adquirir categoría suficiente para citarme con usted alguna vez, a menos que sea obligatorio pedirle autorización al viejo.

Sonrió como en una escena amorosa de una película muda.

—Eso acostumbro a decidirlo yo sola, míster Mallion. Y a míster Schrage no le gustaría oírse llamar viejo.

—¿Por qué, no sabe los años que tiene acaso?

Siguió sonriéndome con tanto calor, que sentí cómo empezaba a transpirar.

—Adiós, míster Mallion —susurró—. Espero verle otra vez por aquí.

—Seguro...

Entré en el ascensor. En el preciso instante en que me disponía a preguntarle cuál era su teléfono, ella pulsó algún botón escondido y la puerta dorada se deslizó borrando la maravillosa imagen sonriente de mi vista.

Abajo, un conserje con uniforme gris cuajado de botones dorados, me recibió casi amorosamente al salir del aparato. Vi que estaba en un vestíbulo más pequeño, a la derecha del de entrada general. El hombre me condujo hasta la calle y esperó a que hubiera descendido los peldaños de mármol hasta la acera, antes de volver atrás.

No había duda que yo había subido algunos enteros en la cotización de Hollywood.

CAPÍTULO V

A mediodía hice una corta visita a mi despacho, por si había algún mensaje de Reno. El dictáfono automático conectado con el teléfono estaba en blanco, así que marché otra vez, pensando en la mejor manera de acercarme a Edward Greasley.

Había averiguado ya que Greasley era el propietario de un negocio de compra y venta de coches, lo cual facilitaba las cosas para aproximarme a él o, lo que me interesaba más todavía, a cualquiera de sus empleados, para tratar de averiguar cómo andaban sus negocios.

Entre otros motivos, quería saber por qué precisamente después de tanto tiempo, se habían decidido a chantajear al viejo Schrage. Lo único que se me ocurría pensar era que Greasley estuviera en graves dificultades económicas, o que hubiera realizado inversiones muy superiores a sus posibilidades.

Aunque, pensándolo bien, tal vez no había sabido la verdad del falso divorcio hasta una fecha reciente. Era de presumir que Leila no habría pregonado tal hecho hasta estar muy segura de la reacción de su marido..., ya que de manera que no me había equivocado, ello colocaba a éste en una situación sumamente delicada también.

A estas alturas de mis elucubraciones, estacioné mi convertible a cierta distancia de la gran entrada al aparcamiento donde se alineaban los coches en venta. Sobre una columna blanca campeaba el nombre de Greasley.

Me recibió un vendedor con cara de zorro y locuacidad de locutor de radio. Tras mis primeros tanteos, se lanzó a ensalzarme las cualidades de un «Cadillac» «penúltimo» modelo. Su verborrea era incontenible y encendí un cigarrillo esperando que se le acabase

el aliento.

Cuando agotó su repertorio de ditirambos sobre el coche, me miró entre orgulloso y anhelante.

—Es un buen coche —dije—, especialmente después de escucharle a usted. Pero me gustaría ver otros antes de decidir. Y quiero decidirme por mí mismo, ¿comprende?

Dio la sensación de que acababa de insultarlo, pero asintió y luchó bravamente por mantener la boca cerrada, cada vez que me detenía frente a un modelo distinto.

De pronto comenté:

—Éste debe ser un buen negocio, ¿no es cierto?

—No está mal, pero ésta es una mala temporada. Los concesionarios de las marcas ofrecen tantas facilidades, que mucha gente prefiere comprar un coche nuevo, aunque les cueste más. De todas maneras, lo pagan cuándo y cómo se les antoja...

—Así quiere decir que las ventas han descendido, ¿eh?

—Sinceramente, de una manera alarmante.

—Lástima, porque aquí hay coches magníficos.

—Veo que usted entiende de autos, amigo...

—Me gustan, eso es todo. Si tuviese capital suficiente, establecería un negocio como éste, solo por el placer de cambiar de coche todos los días. Porque debe necesitarse un gran capital para mantener las compras y los precios...

—Bueno, depende de la cantidad de coches que quiera tener expuestos.

—Aquí hay muchos. Ese Greasley debe ser un ricachón, ¿no es cierto?

Me miró con evidente interés.

—¿Ricachón? —dijo, despreciativo—. No tuvo dinero hasta que se casó.

—¿Quiere decir que fue su mujer quien aportó el capital para el negocio?

—No lo sé, pero lo estableció precisamente entonces.

—Comprendo. Debe haberlo incrementado en una buena parte con vendedores como usted.

La satisfacción hizo que se hinchase igual que un pavo.

—Bueno, tengo un porcentaje en las ventas, usted sabe... Pero el negocio va mal —miró fugazmente a su alrededor y añadió

confidencialmente—: Y no sólo por falta de ventas.

Le miré muy interesado y admirativo, como si sus palabras me apabullaran. Eso era lo que deseaba él, por cuanto añadió:

—Aquí, entre usted y yo, amigo, le diré que si encuentro otro empleo en otra parte, pienso largarme cuanto antes. El negocio hace agua por los cuatro costados.

—Qué le parece... Cualquiera diría que aquí debe ganarse el dinero en grande.

—Debería ganarse. Tenemos un material de primera, y no estoy haciéndole propaganda ahora. Pero Greasley es un desastre como administrador. Además, su mujer creo que gasta más dinero del que gana... Hay deudas por todas partes.

—Caramba, así no puede prosperar ningún negocio, ¿eh?

—Claro que no.

Habíamos dado la vuelta a todo el ámbito de la exposición y nos encontrábamos de nuevo donde habíamos empezado, frente al «Cadillac». Era un modelo del año anterior, convertible y de color gris perla. Parecía justificar plenamente los elogios del vendedor.

—¿Qué decide usted? —urgió el muchacho—. Hablándole con el corazón en la mano, le diré que no hay en todo el recinto otro coche mejor que éste...

—Estoy indeciso, usted sabe... Mi idea era encontrar un modelo deportivo. Un dos asientos, aunque resultase un poco más caro.

Hizo una mueca despectiva.

—Le aconsejo que lo piense bien. Un coche deportivo nunca tiene la prestancia de un «Cadillac», el señorío... Además —remachó, seguro de apabullarme—. ¿Dónde meterá usted a su familia en un «dos asientos»?

—Pero es que yo no tengo familia, ¿comprende?

Eso derribó sus esperanzas de ganarse una comisión conmigo. Casi se dio por vencido, porque yo ya había visto que no tenían ningún dos plazas deportivo en toda la exposición.

Le consolé prometiéndole reflexionar sobre sus razonamientos. Posiblemente me decidiese por el «Cadillac»...

Esto le reanimó y su despedida fue efusiva y cordial, por lo menos de labios afuera.

Cuando estuve instalado de nuevo en mi propio «dos asientos», encendí un cigarrillo y estuve pensando en las dificultades

económicas de Greasley. Si eran realmente graves, podían haberle empujado a intentar el chantaje como último recurso.

Decidí que ya era hora de tener una entrevista con el tipo y con su mujer, de manera que comí precipitadamente en un restaurante del centro y emprendí el viaje a Pasadena.

De día, la casa tenía un aspecto más señorial todavía, destacándose de sus vecinas como un gato blanco en una carbonera. Estacioné el auto frente a la entrada del jardín, atravesé éste y llamé al timbre, preparándome para contarle otra historia a la fiel sirvienta.

Pero no fue ella quien apareció, sino la propia Leila en persona.

Reconocí su rostro a pesar del cambio experimentado con los años. Evoqué la cara que había inundado las portadas de todas las revistas del país, los periódicos y las pantallas, haciéndonos soñar imposibles a los jóvenes y adolescentes. Aquellos ojos inocentes, las facciones suaves y aniñadas y la boca sensual y voluntariosa que todos, diez años atrás, soñábamos con besar.

Todo eso estaba ante mi vista o, mejor dicho, la sombra de todos esos sueños. Los años habían tratado despiadadamente aquella belleza. O quizá las vicisitudes sufridas después de su humillante divorcio, que no había sido tal, aceleraron la obra destructora del tiempo.

—¿Leila? —dije, un poco turbado a mi pesar.

—Soy la señora Greasley —puntualizó.

Tenía una voz profunda y baja, la misma voz que me había arrullado en las salas de cine en mis años mozos.

—Mi nombre es Mallion —expliqué—. Deseo hablar con usted y con míster Greasley.

—¿Mallion? Usted estuvo aquí ayer. Olga le atendió.

—En efecto. ¿Puedo pasar?

—Mi esposo no está en casa —titubeó. Me pareció que en el fondo de sus cansados ojos latía una sombra de temor. Pensé fugazmente que ese temor no debía abandonarla nunca, un miedo a ver aparecer los personajes que en su loca vida pasada habían compartido con ella las desenfrenadas orgías, las inconfesables noches de extravío...

—No importa —decidí—; hablaré con usted y lo veré a él en otro momento.

Se hizo a un lado a regañadientes y entré. El interior del *hall* estaba amueblado con gusto y decorado con costosas alfombras y cuadros, que debieron costar una pequeña fortuna cuando fueron adquiridos por Schrage.

Me llevó a una estancia, cuyo ventanal daba a la parte lateral del jardín.

—Tome asiento... —Me miró inquieta y prosiguió—: Usted le dijo a mi sirvienta que era un antiguo conocido, más yo no recuerdo haberle visto nunca.

—Usted temía que fuera realmente uno de sus antiguos amigos. ¿No es cierto?

—Eso puede resultar ofensivo para mí... ¿Por qué había de temerlo?

—Mi nombre completo es Bart Mallion. Soy investigador privado, señora Greasley.

Se sobresaltó. Tardó unos segundos en relacionarme con el detective cuyo nombre solía aparecer con cierta frecuencia en los periódicos.

—¡Mallion! —exclamó de pronto—. Recuerdo haber leído algo sobre usted...

—Eso facilitará las cosas.

—No comprendo...

—¿Hay alguien más en la casa, además de usted?

De nuevo el temor vibró en su mirada.

—No —confesó—. Olga ha salido con Jimmy...

—¿Quién es Jimmy?

—¿Cómo? ¡Oh, claro!, usted no sabe... Es mi hijo. Tiene casi tres años...

—Ignoraba que tuvieran ustedes un hijo —mascullé, calculando que esto venía a entorpecer mis planes—. Pero mi pregunta obedecía al deseo de asegurarme que nadie en la casa pudiera escucharnos.

—Estamos solos. ¿Puede decirme por cuenta de quién ha venido a verme?

—Lo lamento, pero el nombre de mi cliente es secreto profesional. Pero me han encargado terminar de una vez por todas con los planes de ustedes relativos a un chantaje. Eso debe aclararle por cuenta de quién trabajo, ya que es su víctima, señora Greasley.

Acusó el golpe sin tratar siquiera de disimular la impresión que le habían causado mis palabras. Poco a poco, sus rodillas se doblaron y tomó asiento frente a mí. Me fijé en sus piernas, todavía conservaban la perfección de otros tiempos, largas y de finos tobillos, exquisitamente moldeadas.

—Está hablando de un chantaje —susurró—. ¿Qué pretende usted, míster Mallion?

—Evitar que desplumen a mi cliente. Y también que usted se vea metida hasta el cuello en un juicio que la llevará a la cárcel sin la menor duda.

—Debe estar equivocado... No sé de qué me habla, puedo jurarlo.

—Escúcheme, Leila, y no se ofenda si la llamo así. Para mí, usted sigue siendo Leila Sheridan, la quimera sensual de mi juventud...

—Eso murió hace años...

—Tal vez, pero su recuerdo todavía persiste en los hombres de mi edad. Sin embargo, no es ése el asunto que me ha traído aquí. Usted y su marido han iniciado una jugada que les arrollará, destruyéndolos. Mejor dicho, les hubiera destruido, ya de no ser usted precisamente la Leila Sheridan de mis viejos tiempos. He querido darle una oportunidad.

—¡Pero es monstruoso...! —exclamó con vehemencia—. Le juro que no sé de qué me habla... Pero presiento una amenaza en sus palabras. Sé que puede hacernos daño... Siempre he sabido que tarde o temprano el pasado se me echaría encima, destruyendo lo que tanto me ha costado hallar, pero...

—¿Su matrimonio con Greasley?

—Sí... ¡Oh, sí! Ed me lo ha dado todo... Paz, confianza, seguridad...

—Puede ahorrarse la representación conmigo, Leila.

Como actriz, ha perdido facultades en estos años. Sé que Greasley ha iniciado un chantaje en gran escala. Le doy la oportunidad de volverse atrás y enterrar este asunto antes de verme obligado a hacerles pedazos ante un jurado... Pero esa oportunidad no se repetirá.

—¿Que Ed ha intentado...? ¡Oh, no es posible que hable usted en serio! No conoce a Edward...

—Pienso entablar conocimiento con él muy pronto, y entonces mi actitud será muy distinta. Ni usted ni él tienen madera de chantajistas de altos vuelos. Se estrellarán... Y recuerde que quien pagará las consecuencias será su pequeño Jimmy. Por segunda vez tendrá usted que abandonar un hijo... y éste no podrá venderlo.

Me pasé de rosca. La vi levantarse como impulsada, por la mano de un gigante. Cuando comprendí sus intenciones, era demasiado tarde para hacer nada positivo, así que encajé una bofetada aplicada con tal violencia que los oídos me zumbaron.

Me levanté pesadamente, sintiendo un tremendo escozor en la mejilla.

—Lo siento —dije—; tal vez no he debido decirle ésa. Pero quería asegurarme que entendía usted la insinuación.

—¡Es usted despreciable! —estalló—. Le prometo que mi marido le ajustará las cuentas..., le...

—En primer lugar, no es su marido y usted lo sabe.

Estaba pálida, desencajada. Su respiración era violenta y espasmódica a impulsos de su ira. No obstante, mi última frase tuvo la virtud de inundar sus mejillas de un vivo color rojo.

—¿Qué última patraña se le ha ocurrido ahora? —balbució.

—Sigue con la representación —suspíré—. En fin, creo que he perdido el tiempo dándole esa oportunidad. De ahora en adelante deberán atenerse a las consecuencias. Una lucha de esta clase es siempre mucho peor de lo que se puede imaginar. Usted lo comprobará de manera palpable.

—Espere..., no dejaré que se vaya sin haber aclarado sus palabras. Es usted monstruoso, mezquino..., pero quiero que acabe lo que ha insinuado.

—¿Cree que es preciso? No debe resultar agradable saber que está casada y tiene un hijo con un hombre, cuando sigue unida matrimonialmente con el marido anterior, gracias a un divorcio simulado, tan falso como su expresión de sorpresa.

—¡Está loco!

—Le queda el consuelo de saber que es más despreciable todavía el hombre que se presta a semejante artimaña con pleno conocimiento, pensando solo en el chantaje que le permitirá embolsarse una fortuna y salir de apuros económicos, pagando sus deudas y salvando un negocio que está a punto de quebrar. De

todas formas, es un pobre consuelo.

Vibraba de furia contenida. Por unos instantes recobró la fulgurante vitalidad de otros tiempos, sólo para perderla amargamente segundos después.

—¡Salga de esta casa! —ordenó con voz preñada de sollozos—. ¡Márchese de aquí!

—No crea que eso soluciona nada, Leila. Volveré esta noche, cuando pueda encontrar aquí a Edward Greasley; y, entonces, terminaremos el problema de una manera o de otra..., y usted sabe perfectamente a qué me refiero.

Me miró marchar sacudida por los sollozos que no hacía nada por contener. Sin embargo, sus ojos seguían secos, brillantes, con una fatal expresión que siguió perturbándome incluso después de haber abandonado la casa.

Pensé que era preferible enfrentarse con delincuentes profesionales, endurecidos, a los que uno pueda machacar a placer porque con sus mañas saben defenderse, que no tener que habérselas con aficionados como Leila, que viven en el fondo de los recuerdos de juventud casi como un ideal.

Ésa resultó una de las pocas veces que he deseado tener otra clase de trabajo... Granjero, por ejemplo...

CAPÍTULO VI

En mi oficina, cuando llegué a ella a media tarde, encontré un mensaje de Staton grabado en el dictáfono automático. Según se desprendía de sus averiguaciones, no había constancia del divorcio que me interesaba en ninguno de los registros de Las Vegas.

No obstante, al final de la grabación había una frase que me demostró que Leila había fingido maravillosamente cuando se trasladó a Nevada para lo que Schrage creyó que sería su libertad.

—Ante esos resultados negativos —terminaba Staton—, he desplegado a algunos de mis hombres por los hoteles de Reno. Han descubierto que Leila Sheridan se alojó en uno de ellos siete semanas, una más de las reglamentarias para obtener la separación. El hotel es el Sherathon. Espero instrucciones si he de seguir adelante.

Borré el informe del cilindro y estuve unos minutos pensando en los sorprendentes pormenores del caso. Poco después, me disponía a abandonar el despacho, cuando el teléfono entró en acción, obligándome a volver sobre mis pasos.

Una voz ruda y áspera, gruñó:

—¿Hablo con Bart Mallion?

—En efecto.

—Un momento, no se retire.

Hubo una serie de ruidos, un chasquido y, finalmente, otra voz, no menos ruda que la anterior, ordenó:

—Quiero hablar con usted inmediatamente, fisgón. Venga a mi despacho del Diamond sin perder tiempo ni hacérmelo perder a mí.

—Se ha equivocado de número —dije, añadiendo inmediatamente, con acento seco—: Usted debe ser el gran Baker. Si quiere hablarme, yo también tengo una oficina. Venga a ella.

—Puedo hacer que le traigan a rastras si me apura. Estaré esperándole dentro de treinta minutos.

—¡Al diablo, Baker! Esperará bastante más tiempo.

Colgué de golpe. Una voz dijo:

—Se ha equivocado, fisgón. Ésta no es forma de tratar al jefe.

Miré al auricular, hasta que caí en la cuenta que la voz había sonado a mis espaldas, de manera que giré en redondo, sólo para topar de narices con dos tipos de muy mal aspecto. Uno de ellos tenía la mano derecha hundida en el bolsillo de la chaqueta y éste abultaba exageradamente.

—El comité de recepción —dije.

—Vendrá con nosotros, Mallion. Sin alboroto, si sabe lo que le conviene.

—Sé qué me conviene —mascullé.

—¿Lleva revólver?

—No.

—Es mejor que diga la verdad, porque si se lo encontramos más tarde, nos enfadaremos.

—¿Green que cargo con la artillería como un deporte?

—De todas maneras, levante los brazos y cruce las manos detrás de la nuca...

Lo hice resignadamente. Cuando se hubieron convencido de que no había ningún arma sobre mi cuerpo, me empujaron hacia la puerta sin contemplaciones.

—Recuérdelo —remachó el de la mano en el bolsillo—; nada de ruido ni llamar la atención.

—Cierra la boca, gorila. No es la primera vez que tengo un revólver apuntando a las costillas.

Bajamos por las escaleras. En la calle había un gran «Limousine» esperando, con un tipo al volante que no se molestó en volver la cabeza cuando nos acomodamos los tres en el asiento trasero.

El gran vehículo salió zumbando calle abajo, sin respetar las señales de tráfico, sorteando los otros coches con olímpico desprecio. Nadie despegó los labios durante todo el trayecto. Sólo una vez el chófer dejó escapar una maldición, cuando un humilde «Mercury» se le cruzó ante el morro y estuvimos a punto de estrellarnos.

Nicholas Baker era un hombre de estatura mediana, cabello

escaso y mofletes colgantes en las mejillas, que iban a fundirse en la papada. Sus ojos de ágata parecían los de un reptil. Era el único signo de su crueldad y falta de escrúpulos, porque por lo demás su apariencia ya no podía ser más inofensiva.

Estuvo contemplándome por un largo tiempo, fumando, con el ceño arrugado y olvidado, al parecer, de los dos tipos que me habían traído, y que continuaban junto a la puerta cerrada, como dos centinelas, rígidos y disciplinados.

Hasta que el jefe decidió que ya me había contemplado bastante y dijo:

—Usted amenazó anoche a Mort Ballinger.

—Poco más o menos. ¿Le ha venido a llorar sobre el hombro?

—Va usted a dejarlo en paz. No volverá a molestarle jamás, o deberá atenerse a las consecuencias.

—¿Por qué?

—¿No es suficiente el que yo le ordene apartarse de Ballinger?

—Para mí, no.

—¿Cuánto tiempo lleva usted trabajando en Los Ángeles, fisgón?

—He perdido la cuenta de los años. Por otra parte, nací aquí.

—Perfecto; entonces debe haber oído hablar de mí.

—Ajá. Y nunca he escuchado alabanzas, precisamente.

—Guárdese los comentarios —gruñó fastidiado—. Debería saber que nadie que se haya cruzado en mi camino alguna vez ha terminado bien...

—¿Es una amenaza del clásico «paseo»?

—No necesito recurrir a eso para acabar con usted. Puedo hacer que lo expulsen de la profesión, que le sacudan el polvo hasta no dejarle un hueso sano y, tras esto, todavía se me ocurrirán nuevas ideas con que fastidiarle. Supongo que hablo lo bastante claro para que me comprenda perfectamente.

—¿Y todo eso por qué, Baker?

—¡Maldito sea usted, fisgón! Ballinger representa millones invertidos, una fortuna que justo ahora comienza a amortizarse. ¿Cree acaso que permitiré que un desgraciado como usted me arruine?

—Está sacando las cosas de quicio —dije con calma—. Tan sólo le hice unas preguntas al hermoso bastardo. El solito complicó las cosas.

—Sé exactamente lo que sucedió. Y le repito que va usted a dejarlo en paz. Nada de preguntas, ¿está claro? No vuelva a acercarse a él en su vida.

—Hay algo raro aquí, Baker, alguna cosa que no encaja. Todo lo que yo deseo de su marioneta cantante es que me diga lo que sucedió hace tres años...

—Lo sé.

—¿Y sabiéndolo arma todo este alboroto, Baker?

—Y lo armaré más fuerte todavía, si no hace caso a mi advertencia. Ballinger es un pedazo de carne sin seso, de acuerdo. Pero para mí es mucho más que eso. Es una fortuna contante y sonante. Y ahora, largo de aquí con mil demonios...

Me encogí de hombros. Seguían las actitudes incomprensibles en todo el embrollo.

Los dos matones se movieron con una maniobra que debían haber puesto en práctica docenas de veces anteriormente. Me encontré emparedado entre los dos antes siquiera de darme cuenta. Entonces, Baker masculló:

—Mis muchachos le acompañarán fuera de aquí..., sólo para asegurarse de que ha comprendido usted la lección.

—Comete usted un error, Baker —le advertí, comenzando a ponerme nervioso.

—Todos cometemos errores alguna vez. Usted los ha cometido primero... ¿Alessandro?

Una mano como un torniquete me sujetó el antebrazo, obligándome a volverme de cara a la puerta. Simultáneamente, un puño semejante a un balón se hundió en mi plexo solar y sentí que mis entrañas saltaban y emprendían la subida hacia mi boca.

De muy lejos, llegó una vez más la voz de Baker:

—Bien, Alessandro. Otra vez.

Un ariete machacó el estómago. A pesar de la garra que me sujetaba, caí rodando, con dolores de infierno ardiéndome en todo el cuerpo. El aire se negaba a entrar en mis pulmones y creí que aquello era el fin.

Pero me levantaron, sosteniéndome como a un muñeco, y aquel bestia siguió machacándome implacablemente los costados, el estómago y el hígado, de manera científica. Ni una sola vez me golpeó el rostro. No querían dejar señales visibles de la paliza...

Me dejaron inconsciente mucho antes de lo que ellos hubieran querido, ya que eso les privó de su diversión favorita.

Cuando volví a la vida, me encontré dentro del lujoso auto con que me habían llevado a presencia de Baker. Los dos matones estaban cómodamente arrellanados en el asiento posterior, fumando y esperando. El chófer se mantenía inmóvil ante el volante, esperando órdenes.

La niebla que había ante mis ojos se aclaró poco a poco. Observé que habían estacionado el coche a poca distancia de mi oficina, lo cual demostraba un alarde de audacia inconcebible.

Al advertir que recobraba el conocimiento, el matón llamado Alessandro, autor de los salvajes golpes que habían estado a punto de destrozarme los intestinos, dijo:

—Tómelo con calma. Tiene todo el tiempo que necesite para recuperarse y andar por su pie. No queremos dejarle tirado en la acera, después de lo sucedido.

—Muy considerado por su parte —refunfuñé, ahogando el dolor que me torturaba—. Sólo espero que volvamos a encontramos en otras circunstancias, Alessandro.

—Sería lamentable para usted, Mallion... ¿Cree que podrá andar?

—Para dejar de percibir su pestilencia, incluso podría volar.

Me incliné hacia la portezuela, que uno de ellos abrió, y casi me ayudaron a descender solícitamente. Después, cerraron la portezuela y el auto se puso en movimiento. Todavía pude escuchar la burlona risa de Alessandro cuando se alejó.

Mis piernas tardaron unos segundos en afianzarse. Cada vez que inhalaba aire, era como si tragara fuego líquido que se extendiera por cada recoveco de mis entrañas.

Busqué refugio en mi oficina, cerré la puerta y me derrumbé en el sillón. Saqué una botella que guardaba para las emergencias y engullí directamente de ella un trago interminable...

Entonces me sentí mejor. Apoyé los pies sobre la mesa y me puse a pensar en Baker y en lo que me gustaría hacerle.

También dediqué algunos pensamientos poco edificantes al mequetrefe sin sesos que me había llevado a semejante estado. Debería decidir pronto qué debía hacer con él, incluso a riesgo de destrozarse los corazones de la legión de fans, con menos sesos que él,

que le adoraban como a un ídolo.

Esos pensamientos me consolaron y, con ayuda del *whisky*, recobré la vivacidad y las ansias de lucha.

Pero continué un rato reflexionando. Luego, me largué a la calle, dispuesto a hacer las cosas por orden. Primero, terminar con el problema principal. Después me ocuparía de los secundarios.

CAPÍTULO VII

El principal problema era el del chantaje, de manera que me lancé una vez más por la ruta de Pasadena, tan pronto oscureció, seguro de que por la noche encontraría a Greasley en casa.

Al llegar a las inmediaciones de la casa era noche cerrada. Había algunos coches estacionados en las cercanías, y un «Dodge» último modelo delante de la entrada al jardín. Me vi obligado a dejar el mío a alguna distancia y volví atrás sin apresurarme, repasando mentalmente lo que iba a decirle a Greasley, calculando la mejor manera de acorralarlo hasta hacerle perder el control de sí mismo...

Anduve a través del cuidado jardín, viendo las luces en algunas ventanas laterales, y pulsé el timbre todavía con la mente ocupada en mi inmediata actuación. Iba a ser una sesión movida, me dije.

Nunca en mi vida pude suponer cuán cierto iba a ser eso.

Se abrió la puerta de golpe y un hombre quedó enmarcado en el umbral. Mis ideas respecto a Greasley sufrieron un colapso al verlo, por cuanto no se parecía en nada al fulano cuya apariencia había imaginado gratuitamente.

Era un tipo cuadrado y macizo, con mandíbula de perro de presa, ojos pequeños y muy juntos, y manos velludas. Me miró por un momento y después se hizo a un lado.

—Entre —dijo con voz fuerte.

El cerró la puerta tan pronto la hube cruzado. No me dio tiempo a pronunciar una palabra, sino que me espetó con voz seca:

—¿Quién es usted? Sus documentos. Quiero verlos.

—¿Es usted Greasley?

—Las explicaciones más tarde. Ahora veamos sus papeles.

Comencé a perder la calma. El tipo grandote me sacaba de quicio con sólo verlo.

—Tiene usted unos modales de vagabundo, compadre —dije—. Empiece por responder a mi pregunta: ¿es usted Greasley?

Hundió la mano en un bolsillo interior de la americana y extrajo un pequeño estuche. Lo abrió y con un gesto rudo casi me lo estampó en la nariz.

—¿Tiene suficiente con esto? —rugió.

Yo tenía suficiente. Aquella chapa era mucho más de lo que hubiera podido desear aquella noche, ya que acreditaba a su poseedor como delegado del jefe de policía del condado.

—Okey— admití de mala gana. —Me llamo Bart Mallion. He venido en busca de Greasley para tratar un asunto privado con él.

Su rostro resplandeció.

—¡Qué le parece! —exclamó—. El mismo Mallion en persona. Y nosotros, torpes policías, preguntándonos dónde podríamos encontrarle... Entre, hermano. Me alegra mucho que haya venido.

—No entiendo nada de esto. ¿Pretende decirme que me buscaban?

—¡Y con qué interés! Vamos, hablaremos más cómodamente allá dentro...

Me empujó hacia la estancia que ya conocía. Todo parecía estar igual que en mi visita anterior, excepto que no pude ver a Leila por ninguna parte.

Sólo había dos hombres allí dentro. Uno de ellos era una réplica bastante aproximada al mastodonte que me había franqueado la entrada.

El otro no pasaba de una estatura normal, vestía con elegancia unas ropas de precio y tenía un rostro pálido y contraído por alguna fuerte emoción. Su barbilla hundida le daba un aspecto de debilidad, y sus labios exangües temblaban cuando clavó su mirada de perro apaleado en mí.

El polizonte que acababa de recibirme anunció:

—Éste es Mallion en persona. ¿No es sorprendente que haya aparecido tan oportunamente?

El otro tipo grande y rústico se levantó poco a poco, mirándome como si yo fuera un bicho de una especie sin clasificar.

—Que me aspen —resopló—; cuántas facilidades...

El otro me empujó otra vez, obligándome a recorrer la distancia que me separaba del sofá sobre el que estaba sentado el tercer

hombre.

—Éste es míster Greasley —dijo el policía—. Y mi compañero se llama Carr. En cuanto a mi nombre es Rawlins. Y ahora, Mallion, empiece a hablar y no se detenga hasta que lo haya escupido todo.

Los miré uno a uno, ganando tiempo, tratando de adivinar qué demonios significaba aquello. No podía aceptar la idea de que Leila y su aturdido esposo me hubiesen denunciado a la policía del condado. Eso era tanto como delatarse ellos mismos.

—Si alguien me indica qué significa todo esto quizá pueda decirles algo de lo que desean saber —dije, adoptando una actitud resuelta—. ¿Por qué están ustedes aquí?

Greasley abrió la boca y sus labios dejaron de temblar. Pero antes que pudiera decir una palabra, Rawlins le hizo una seña imperiosa y el hombre pareció empequeñecerse en el diván.

—Por ahora somos nosotros quienes hacemos las preguntas...

—Está bien, háganlas. Quizá sepa las respuestas y quizá no, pero por lo menos sabré a qué atenerme.

—Seguro que sabe las respuestas. Míster Greasley nos ha contado la entrevista que usted sostuvo con su esposa...

—¿Por qué no cuenta Leila también los motivos de mi entrevista con ella? Creo que éste es un buen momento para que lo haga...

Cruzaron una rápida mirada entre ellos. Greasley inició un tímido intento por hablar, pero de nuevo le hicieron callar sin contemplaciones.

—Eso vendrá después —decidió Carr—. Sabemos que ha amenazado a la señora Greasley. Según se desprende de sus explicaciones, usted pensaba hacerla víctima de un chantaje, Mallion, y ése es un delito particularmente repugnante..., ¿qué tiene que decir?

Busqué una silla y me senté, tan sorprendido que apenas si comprendí que aquello era una situación real. Y peligrosa, además.

Por si me quedaba alguna duda, el policía llamado Rawlins gritó:

—¡Levántase! Nadie le ha autorizado a sentarse.

—¿Con quién creen que tratan, polizones? —estallé—. Me destetaron entre guardias cien veces más rudos que ustedes y...

Vino hacia mí con pasos pesados y firmes. Su enorme garra peluda se cerró sobre la pechera de mi camisa y me levantó de un

tirón.

—Estará de pie hasta que se le autorice a sentarse. Y responderá obedientemente a nuestras preguntas sin que tengamos que repetirlas, tipo listo, o...

—Espera, Rawlins —le atajó su colega—. Quizá es preferible que míster Greasley repita lo que nos ha contado a nosotros, para la exclusiva información de ese sucio fisgón, ¿no te parece?

Refunfuñando, el grandote me soltó, apartándose unos pasos.

—Adelante, míster Greasley, Cuénteselo.

—No hay mucho que decir... Leila me llamó al despacho por teléfono... estaba muy asustada, de manera que apenas entendí lo que decía. Pero después de los primeros momentos consiguió calmarse lo suficiente para hablar de manera inteligible. Dijo que la había visitado un hombre llamado Mallion, que era detective privado y que estuvo amenazándola todo el tiempo...

—¿Le dijo por qué la amenacé?

—Solamente pudo decirme que había dicho usted cosas terribles de su pasado... y que se había negado a revelar qué motivos le impulsaban a amenazarla... a amenazarnos.

—Algo debió decirle que explicase mi brutal actitud, según ella...

—Todo lo que decía era que yo regresase a casa inmediatamente. Quería contármelo todo y no estar sola aquí, porque usted le había dicho que volvería... y le tenía miedo.

—Y ahora, ¿ya no tiene miedo de mí?

De su garganta escapó una especie de sollozo y su rostro se demudó más de lo que ya estaba. Eso avivó mis suspicacias, haciéndome comprender que había algo que andaba mal en aquella situación.

—¿Dónde está Leila? —pregunté—. Háganla venir y...

—Está muerta.

Miré a Carr, que era quien había pronunciado las fatídicas palabras. Luego desvié la mirada hasta Rawlins y lo que vi en su cara no me gustó.

Comprendí la abatida actitud de Greasley...

—¿Cómo..., cómo ha sucedido?

Apenas pude reconocer mi voz.

—Alguien la ha estrangulado —gruñó Rawlins—. Y tenemos la

sospecha que ha sido su estúpida actuación la que ha desencadenado el drama, así que hable de una maldita vez.

—Ya veo...

—¿Qué trataba de conseguir amenazándola, Mallion?

—Nada que pueda tener relación con su muerte.

—Eso lo decidiremos nosotros. Responda.

Sacudí la cabeza de un lado a otro.

—No tengo nada que declarar —dije—. El asesinato es asunto de ustedes. Lo mío era un caso privado, ajeno por completo al crimen, así que ya hemos hablado bastante, a menos que Greasley quiera concederme una entrevista a solas.

El aludido me miró acusadoramente.

—¿No ha hecho suficiente daño ya, bastardo? —me espetó.

Rawlins emitió una especie de rugido cuando me advirtió:

—No quiera pasarse de listo con nosotros. Va usted a decimos todo lo que queremos saber... y tenemos métodos suficientes para obligarle a hablar.

—He oído esa frase antes en boca de algún que otro polizonte, poco antes de que fueran expulsados del Cuerpo.

—Oirá otras más interesantes todavía —se volvió a Greasley con evidente deferencia—. Seguiremos hablando con usted mañana antes del mediodía. Por el momento, es suficiente lo que nos ha dicho.

Carr me tocó en el hombro.

—Andando, Mallion; seguiremos la conversación a puerta cerrada.

—Si ésta es la manera que tienen ustedes de investigar un asesinato —le espeté, furioso—, no me sorprende que la gente les tome a risa...

—Por lo menos, usted no se reirá mucho tiempo ya.

Viajamos en su propio coche, el último modelo que había visto estacionado frente al jardín. En todo el trayecto no dijeron una palabra y comencé a preocuparme. Por primera vez lamenté haberme sometido tan pacíficamente... podía haber utilizado el teléfono en casa de Greasley...

—Abajo, monigote.

Me sacaron del coche a empujones. Entramos al edificio donde estaban las oficinas centrales de la policía del condado. No pude ver

a nadie en todo el recorrido hasta una oficina destartada alumbrada por una solitaria lámpara cubierta de polvo.

Había una mesa escritorio en un rincón, un sillón tras ella y dos sillas. Ellos se acomodaron en las sillas y a mí me dejaron de pie en medio de la oficina.

Rawlins inició la sesión.

—Voy a exponerle exactamente su situación, Mallion —dijo con forzada calma—. Usted está siguiendo un rastro y por alguna razón va a parar a casa de los Greasley. Amenaza a la mujer hasta el punto que la pone histérica de miedo. Luego se larga y ella llama desesperadamente a su marido, pero éste está en una importante reunión de negocios que no puede abandonar en aquellos momentos..., ¿me sigue?

—Seguro. Habla usted muy bien...

—No es la primera vez que me lo dicen —gruñó, burlón—. La situación queda de esta manera: La señora Greasley sola en su casa, terriblemente asustada. Míster Greasley inquieto e impaciente, pero imposibilitado de correr al lado de su esposa inmediatamente.

—Eso suena a melodrama barato —comenté.

—Sí, ya lo imagino.

Carr se removió en su silla y fue él quien prosiguió:

—Durante el tiempo que transcurrió entre la llamada y el instante en que míster Greasley pudo regresar a casa, el asesino entró, estranguló a la mujer y se largó sin dejar el menor rastro. ¿Qué le parece, tipo listo?

—Si su idea es cargarme con el paquete...

—Podríamos hacerlo, no crea. Pero le diré que no me parece usted el asesino que buscamos.

—Es una suerte que opinen así...

—Seguro. Una suerte para usted. Ahora corresponda a nuestra confianza y díganos qué era lo que pretendía de esa mujer, y quién le paga por hacer ese trabajo.

—¿No quieren nada más que eso?

—Ajá. Cuando haya terminado su declaración podrá largarse de aquí.

Suspiré resignadamente.

—Como es lógico, tengo un cliente y estoy tratando de resolverle un problema que le preocupa. Pero no me paga solamente por

quitarle esa preocupación de encima, sino para evitar que le caigan otras sobre las espaldas, que es lo que sucedería si les revelara su identidad.

—De manera que se niega a colaborar con la policía.

—Puede expresarlo así si eso le hace feliz.

—Bueno.

Rawlins se levantó pesadamente, tomó la silla como si fuera una pluma y me la acercó.

—Siéntese, figón. Tenemos sesión para rato.

Carr también abandonó su asiento y se acercó a mí.

—Tendremos que utilizar los focos y todo lo demás —se quejó de mal talante—. ¿Por qué demonios no nos facilita el trabajo, bastardo?

Prepararon el escenario mientras yo trataba de encontrar una salida a la situación, algo que me permitiese por lo menos ponerme en contacto con la policía de Los Ángeles. En ella tenía conocidos que podrían sacarme del atolladero...

Todo antes que darme por vencido. Schrage debía quedar al margen del asunto a toda costa...

De repente, un potente foco se encendió delante de mi cara. Sentí un pinchazo de dolor en las pupilas y cerré los ojos.

Cuando los abrí estaba sumergido en la claridad lechosa del foco. El resto de la estancia era un pozo negro.

De esa negrura surgió la voz seca de Rawlins:

—¿Quién es su cliente, Mallion?

—Pierden el tiempo.

Carr gruñó:

—¿Qué pretendía obtener de Leila Greasley?

No respondí. Sabía que iban a dispararme una sucesión interminable de preguntas y que la sesión se prolongaría durante horas. Había tenido la desgracia de tropezar con dos polizontes obtusos y brutales, de los que afortunadamente van quedando pocos, y no me quedaba más solución que aguantar.

Estuvieron acribillándome a gritos durante media hora por lo menos. Durante todo ese tiempo no despegué los labios, de manera que fueron ellos quienes acabaron sudando y rechinando los dientes.

Desde la oscuridad, Rawlins dijo con acento cansado:

—Escúcheme, Mallion. Sabemos que usted buscaba a Leila Greasley y que la encontró. Su visita le infundió pánico por lo que podía significar. Luego fue asesinada... Sospechamos que el criminal es su cliente. Le utilizó a usted sólo para descubrir el paradero de esa mujer... ¿Qué dice ahora? Un jurado no le admitirá a usted el cuento del secreto profesional.

—No estoy delante de un jurado.

—¡Maldito sea!

Entre la oscuridad se removió la silueta de Rawlins.

Entonces hicieron lo que yo estaba temiendo.

Un puño peludo y macizo surgió como un ariete y estalló encima de mi nariz, entre los ojos. Hubo un relámpago más brillante que el foco. Percibí el estruendo de la silla al caer y yo reboté con ella. Después, alguien apagó el foco, porque me encontré sumergido en una densa oscuridad de muerte.

CAPÍTULO VIII

Estaba sentado en la silla y la cabeza me dolía de manera insoportable. El brillante cuchillo de luz producido por el foco penetraba incluso a través de mis párpados cerrados, lacerándome las pupilas y agudizando el dolor de cabeza.

—Eso no ha sido más que una advertencia, Mallion —dijo una voz—. Sólo tiene que responder dos preguntas, ¿me oye?

—Tiene los ojos cerrados. Se cree listo.

Me agarraron por los cabellos, obligándome a levantar la cabeza.

—¡Abre los ojos o te sacudo, hijo de perra!

Los abrí. La luz me cegó. Emití un gemido.

—Sólo dos preguntas, Mallion.

—¿Quién es su cliente?

—¿Qué trabajo le encargó?

—¿Qué quería arrancarle usted a Leila Greasley?

—¡Responda!

Callaron. Actué por reflejos y el golpe que presentí iban a descargarme se estrelló contra mi antebrazo levantado. Fue tan fuerte que temí hubiera astillado el hueso.

—¿Pero están locos o qué? —grité—. ¡No pueden hacer eso con nadie y menos conmigo...!

—Lo estamos haciendo, ¿no es cierto?

De nuevo, un puño repercutió en mi cabeza.

—Dos preguntas, Mallion...

—¿Quién te paga por perseguir a los Greasley?

—¿Le dijiste a tu cliente dónde vivía Leila Greasley?

—¡Responde, bastardo, sarnoso!

El terrible puño cayó sobre mi cabeza como un martillo. Salí

lanzado de la silla y reboté brutalmente en el suelo.

Un zapato entró en contacto con mis costillas.

—¡Hijos de perra! —barboté—. Denme una oportunidad...

Se rieron. Volvieron a colocarme sobre la silla, pero cometieron el error de apartarse demasiado y conseguí ponerme de pie antes que pudieran evitarlo.

Entonces disparé la pierna derecha hacia arriba. De haber alcanzado un balón, lo hubiera reventado.

Sólo hice blanco más abajo de la barriga de Rawlins, su corpachón cayó de espaldas y el tipo aulló igual que una bestia salvaje.

—¡Te mataré! —bramó, entre gemidos.

Carr me cazó estando de pie todavía y salí dando tumbos hasta tropezar con una pared. Apagaron el foco y dejaron sólo la luz del techo.

No obstante, cuando pude parpadear me di cuenta que no estaba en la sórdida sala de tortura donde me habían machacado, sino en una habitación blanca y limpia. Alguien estaba inclinado sobre mí, al parecer arrancándome la carne a pedazos, a juzgar por los dolores que me producían sus manos.

—Atención, doctor, ya recobra el conocimiento —advirtió una voz que sonó en mis oídos como una música.

El hombre que estaba inclinado sobre mí se irguió. Su rostro se acercó al mío.

—¿Puede usted verme, Mallion?

—Creo que sí...

Iba vestido de blanco. Sobre su prominente nariz cabalgaban unas gafas con montura de oro.

—¿Distingue los colores?

—El blanco..., todo es blanco...

Un nuevo rostro entró dentro de mi campo visual. Era el de una muchacha joven, muy bonita, de cabellos del color del trigo maduro...

—¿De qué color son los cabellos de la enfermera, Mallion?

—¿Qué tontería... es esa...? Rubios... y tiene labios bonitos... y rojos..., ¿qué están haciéndome?

—Tranquilícese.

Cerré los ojos. Poco después, las manos dejaron de torturarme y

de nuevo me hundí en un pesado sopor.

Cuando abrí los ojos ya no había niebla, pero todo seguía siendo blanco a mi alrededor. Estaba en una habitación pequeña de un hospital. Había una ventana protegida por una reja a través de la cual entraba la tímida luz del amanecer.

Estaba luchando con mi aturrido cerebro para recordar lo sucedido, cuando se abrió la puerta y entró la enfermera rubia de labios rojos y bonitos.

Cerró silenciosamente, se acercó y murmuró:

—¿Cómo se siente?

—No lo sé. Es como si no tuviera cuerpo. ¿Qué demonios me han hecho?

—Luchó usted con dos policías. Ahora mismo, hay un guardia ahí fuera, en el pasillo. Está usted detenido, ¿sabe?

—Comprendo. Ese par de bestias se pasaron de rosca. ¿Quién me sacó de sus garras?

—No lo sé, pero parece ser que armaron tanto ruido que alarmaron a todo el edificio.

—Eso debió de ser... Escúcheme, ¿puede hacer un par de llamadas telefónicas en mi nombre?

—Bueno, no sé si debo..., usted está detenido...

—Eso ya lo ha dicho antes. No le pido nada ilegal. Una de las llamadas es para un teniente de policía de la ciudad... Y ahora que se me ocurre, ¿qué hospital es éste?

—El de Pasadena.

—Está bien, telefonee al teniente Maracot, de la Brigada de Homicidios de Los Ángeles..., encontrará el número en una libretita que hay en mi bolsillo..., hay también su número privado por si no lo encuentra de servicio...

—Sus ropas están en el depósito del hospital, pero creo que podré arreglarlo. ¿A quién desea que llame además de ese teniente?

—Busque en la guía de Los Ángeles el teléfono de alguien llamado Showers... es una mujer. No sé nada más de ella excepto que trabaja para la World Film Corporation. Trate de localizarla. Dígale que estoy aquí, detenido y herido. Que es muy importante que venga a verme. ¿Cree que podrá hacerlo?

—Lo intentaré...

—No debe saberlo la policía..., o se lo impedirán. ¿Cómo se

llama?

—Silvie.

—Gracias...

—Trate de dormir o tendré que inyectarle un calmante. ¿Por qué le detuvieron?

—Soy detective privado..., querían obligarme a...

Una vez más, aquella especie de sopor me venció, pero incluso semiinconsciente rogué para que la hermosa enfermera pudiera cursar las llamadas cuanto antes.

Debió portarse maravillosamente bien, porque tan pronto abrí los ojos me encontré mirando la ruda cara del teniente Maracot. Había una expresión en ella que presagiaba tormenta, pero se me antojó la cosa más agradable que hubiera visto en todos los días de mi vida.

—Esta vez te has pasado de rosca, Bart —fue todo lo que se le ocurrió como saludo.

—¿Te han contado lo sucedido?

—Con todo detalle.

—¿Y dices que me he pasado de rosca?

—Podría decirlo de manera más rotunda pero no creo que valga la pena.

—Te han tomado el pelo.

—No es la primera vez que dices eso —rezongó.

—Las otras ocasiones fueron una simple broma comparado con esto. ¿Puedes escucharme cinco minutos sin interrumpirme?

—Seguro. ¿Para qué crees que estoy aquí?

Le conté la verdad desnuda de lo que había pasado, callándome el nombre de mi cliente y la naturaleza de mi trabajo. Cumplió su palabra y no interrumpió ni una sola vez.

Cuando habló lo hizo con los dientes apretados.

—¿Quieres hacerme creer que unos policías han hecho eso sin ninguna provocación por tu parte?

—Puedes llamar provocación a negarme a revelar el nombre de mi cliente.

—Ellos han afirmado que tú les agrediste cuando te interrogaban.

—Pamplinas. ¿Puedes creer que sea tan imbécil?

Lo pensó un buen rato. Luego gruñó:

—Veré qué puedo hacer... y hablaré otra vez con el agente Carr. El otro, Rawlins creo que se llama, está más o menos como tú. Tiene dos costillas rotas...

—Le he arrojado una mesa.

—Ya veo.

Sonrió por primera vez.

—¿Te divierte el asunto tal vez? —rezongué.

—No te diré tanto; pero ha habido veces que yo también he deseado sacudirte duro... Bueno, quizá no tan duro como lo han hecho ese par de salvajes. Creo que habrá que hacer algo con ellos.

—Eso lo haré yo cuando salga de aquí.

Me dejó solo. Un minuto después entró la enfermera y tras cerrar cuidadosamente la puerta se acercó al lecho y murmuró:

—Ella está abajo.

—Es usted mi ángel particular, Silvie. ¿Cree que podrá conseguir que la dejen visitarme?

—Hablaré con el teniente Maracot. El podrá arreglarlo. Usted está incomunicado por el momento.

Se fue. Pasó un tiempo que se me antojó interminable, pero al fin la espectacular secretaria del viejo Schrage entró y Maracot cerró la puerta desde el exterior.

—Acaban de contarme lo sucedido, míster Mallion —murmuró, sentándose en la silla que había al lado de la cabecera—. Debe haber sido terrible para usted...

—Ahora me siento mejor con sólo verla. ¿Quiere decirme su nombre antes de pedirle nada más?

—Lisa.

—Bueno, Lisa. Yo había planeado que nuestro primer encuentro fuera en muy distintas circunstancias...

Me miró con el asombro reflejado en su rostro seductor.

—¿Me ha hecho venir aquí en horas de oficina para decirme eso?

—¿No sería una razón suficiente?

Sonrió.

—Creo que está usted loco.

—En estos momentos no me costaría nada creerlo yo también. ¿Ha dicho al viejo buitro que yo la había llamado urgentemente desde el hospital?

—He tenido que decírselo para poder abandonar mi puesto.

—Bien, imagino que debe estar más inquieto que una bailarina de abanicos en su primera actuación. Necesito que le comunique un par de cosas sumamente confidenciales... ¿Está usted enterada del trabajo que me encargó?

—Todo lo que sé es que le dio un cheque por dieciséis mil dólares.

—No es suficiente... podríamos echarlo todo a perder. Será mejor que le escriba el mensaje y usted me dará su palabra de honor de no leerlo. ¿De acuerdo?

—Hace mucho tiempo que trabajo para míster Schrage. Sé la importancia de la discreción.

—Eso me tranquiliza. ¿Tiene papel y lápiz en el bolso?

—Un pequeño cuaderno de taquigrafía y un bolígrafo...

Lo sacó todo. Traté de incorporarme en la cama, pero fracasé. Fue ella quien me ayudó a erguirme lo suficiente para quedar apoyado en la cabecera de la cama.

El contacto de sus manos fue dulce y turbador. A pesar de mi lamentable estado pude apreciar toda la suavidad de su piel, el cálido aroma que se desprendía de su cuerpo de sugestivas líneas... y la brillantez de sus inmensos ojos, relucientes como estrellas.

No demostró mucha prisa por apartarse, de manera que me dio ocasión de escrutar su rostro con detalle y desde muy cerca.

—Cuando cerró usted la puerta del ascensor —dije—, estaba tratando de decidirme a pedirle el número de su teléfono privado..., usted no me dio ocasión.

—Está en la guía —rió bajito, sin apartarse—. Esa linda enfermera ha sabido encontrarlo, pero su llamada me ha llegado justo a la hora que debía correr a la oficina. Eso ha demorado mi llegada.

—Está bien, cuando salga de este potro de tortura maldito sí necesitaré su teléfono para llevarla a cenar una noche. O quizá convenza al viejo buitro que le de vacaciones. Necesito alguien que me ayude a emplear provechosamente esos dieciséis mil dólares.

—Empiezo a sospechar que sólo me ha hecho venir guiado por impulsos egoístas y particulares.

—Deme ese cuaderno.

Escribí rápidamente un escueto informe de cómo había sido

asesinada Leila Greasley. Después de eso, detallé concisamente mis vicisitudes con los dos bestiales polizontes y rogué al viejo Schrage que pusiera en movimiento sus influencias para investigar todo el historial de los dos, su vida privada y sus ingresos. Eso debía serle fácil con su poder. Acabé diciendo que tenía vagas sospechas de que la actitud de los dos matones tenía estrecha relación con el caso que estaba investigando, seguro que eso le haría moverse endiabladamente rápido.

Doblé la página del cuaderno, sin arrancarla, y se lo devolví a Lisa.

—¿Eso es todo? —susurró.

—Quisiera decirle que no, para que siguiera a mi lado...

—No va terminarse el mundo esta mañana, míster Mallion.

—Empiece por llamarme Bart. Me sentiré mucho mejor oyendo mi nombre en sus labios.

—Ésa debe ser una medicina de bajo costo, Bart —rió, levantándose. Pero de repente su risa se esfumó y se inclinó sobre la cama con expresión seria—. ¿Necesita algo más antes que me vaya?

—Seguro, pero no puedo decírselo sin que me sacuda un tortazo. Y, por el momento, no estoy en condiciones de encajar más.

Volvió a sonreír con dulzura. Tal vez estuviera comportándose así por tratarse de un herido al que debía animar, pero en todo caso no me importó cuando sus labios bajaron al encuentro de los míos, semejantes a una fruta madura desprendida del árbol del amor.

Un beso largo, dulce y que creció como un incendio fue aquél. Un delirio que me arrebató a la realidad durante el tiempo que duró.

—¿Era eso lo que necesitaba, Bart? —susurró, irguiéndose.

—Sí, pero más largo..., más tiempo.

Incluso después que hubo salido, la atmósfera siguió impregnada de su aroma. Y en mis labios continuó el sabor de lo suyos con tanta intensidad que no pude pensar en nada más que en ella durante el resto de la mañana.

Poco después del mediodía, Maracot reapareció con expresión rabiosa en su rostro.

—Tienes razón, Bart —reconoció—. Esos dos gorilas merecían que los azotaran en una plaza pública... He conseguido que retiren sus cargos contra ti. Podrás salir de aquí cuando lo autorice el

médico.

—Ya sé cómo son estas cosas. Saldré mucho antes...

Tardé dos días en librarme del hospital. No obstante, me sentí tan débil como un recién nacido, así que me encerré en mi apartamento y dormí doce horas seguidas.

Después de eso experimenté de nuevo ansias de vivir.

CAPÍTULO IX

—No recibí ninguna llamada indicándome dónde debía depositar los cien mil dólares de la primera entrega —repitió míster Schrage con voz iracunda—. Y ya han pasado dos días del plazo que me dieron para ese pago.

—Han sucedido demasiadas cosas para que el chantajista se sienta tranquilo —opiné—. Eso no quiere decir que haya desistido de sus pretensiones.

—A juzgar por las señales que quedan en su rostro, Mallion, esos matarifes de Pasadena le pegaron duro —refunfuñó.

—No tanto como deseaban. ¿Ha podido hacer algo al respecto? Quiero decir, de lo que le pedí en mi nota.

—Me limité a hacerle llegar una indignada protesta al D. A.

—No era eso lo que yo deseaba...

—Esos dos matones serán expulsados del Cuerpo.

—Siempre es un consuelo. No obstante, se me ocurrió pensar que debían tener un buen motivo para tratarme de manera tan salvaje. Ellos sabían el riesgo que corrían haciéndome una cosa así.

—Esos tipos no piensan, no tienen sesos... He leído los periódicos con detalle, Mallion. ¿Todo sucedió como cuentan en la muerte de Leila?

—Con pequeñas variantes, sí.

—¿Quién supone usted que pudo matarla?

—No tengo la menor idea. Desconozco en qué círculo se movía, qué amistades tenía y la clase de vida que llevaba. Sin embargo, el marido es un sospechoso ideal.

—¿Lo cree así la policía?

—No lo sé. Calculo que los policías no pueden razonar como nosotros desde el momento que desconocen lo referente al chantaje.

Tal vez Leila se asustó a raíz de mi visita y quiso volverse atrás... O, lo que es más razonable, quizá ella desconocía las intenciones de Greasley. Al comprenderlo, después de su conversación conmigo, tal vez lo llamó, echándole en cara su proceder y amenazándolo, él perdió la serenidad y la mató. Cualquiera sabe cómo sucedieron las cosas. Personalmente, me inclino a creer que Leila no sabía una palabra del chantaje. Su espanto, el estupor que la invadió cuando le hablé con toda claridad, pudieron ser reales.

—Sea como sea, podemos considerar extinguida la amenaza...

—Por el momento, sí. Pero si el chantajista no es tonto, volverá a la carga cuando las cosas se calmen un poco.

—¿Qué le pareció ese Greasley?

—Un tipo débil, sin voluntad. Pero Leila se sentía feliz y segura a su lado por lo que pude colegir...

—¿Le cree capaz de tramar ese golpe de quinientos mil dólares?

—Sí. Es un hombre que no se atrevería a realizar un delito en el que se viera precisado a dar la cara, a actuar directamente. Pero utilizaría el chantaje si encontrara suficientes seguridades en su anonimato.

—Entonces no cabe duda que quien llamó por teléfono las dos veces es él...

—Eso parece. ¿Quiere que siga adelante a pesar de todo?

—Sólo con que le haga comprender a ese granuja lo que le espera si persiste en sus planes será suficiente. Ahora ya no existe Leila... soy viudo, ¿comprende? La amenaza ya no es tan grave, a pesar de que sigo decidido a evitar cualquier escándalo.

—Está bien; veré a Greasley, hoy. ¿Tiene algo más que comunicarme?

—Nada, excepto que estoy satisfecho con su comportamiento.

—Gracias.

Salí del despacho. Lisa se levantó de su puesto de trabajo y vino hacia mí, con los tentadores labios entreabiertos en una leve sonrisa.

—¡Bart! —exclamó—. ¿Cómo te ha tratado?

—Muy bien. El día menos pensado va a nombrarme consejero de la Compañía.

La besé, aunque ella se apartó con presteza por temor a que cualquier empleado pudiera sorprendernos.

Desde mi oficina hice otra llamada a larga distancia.

No pude encontrar a Staton en su despacho, pero indiqué a quien me atendió lo que deseaba que hicieran con la máxima rapidez y colgué.

Tras esto, telefoneé a Claudette. Yo sabía que no le gustaba que la sacasen de la cama a semejantes horas de la mañana, que ella destinaba a dormir para recuperar el sueño desperdiciado durante la noche anterior, pasada casi en blanco en su recorrido por todos los lugares de diversión frecuentados por la gente del cine.

De manera que no me asustaron sus gruñidos y denuestos cuando escuchó mi voz. Luego recapacitó y puso en marcha su cerebro profesional.

—¿Qué sabes del asesinato de Leila, Bart? Resulta chocante que precisamente cuando tú te interesas por ella, alguien le retuerza el cuello...

—Eso fue una coincidencia, querida. Su relación con mi investigación era puramente marginal, ¿comprendes?

—¿Por quién me has tomado, muchacho? No puedes engañar a tu abuelita ni viviendo mil años. Bueno, ¿qué nueva idea se te ha ocurrido ahora?

—Necesito la dirección particular de Mort Ballinger. No consta en la guía de teléfonos y quiero hablar con él a solas.

—Continúas empeñado en buscarte líos. Espera un segundo.

Aguardé apurando un cigarrillo. Cuando volvió a hablar, me dio unas señas: West Hollywood. Corté su nueva sarta de preguntas por el expeditivo sistema de colgar el teléfono, y hecho eso saqué el revólver del cajón donde lo guardaba.

Era un «38» de cañón corto, un «Colt Cobra» que ya me había sacado de más de un apuro. Comprobé la carga y lo guardé en el bolsillo, decidido a no correr más riesgos con Baker y sus muchachos.

La dirección del mequetrefe propiedad de la Baker Record correspondía a un edificio de apartamentos.

—Eso es algo que tendrá que pagar también —farfulló—. Vamos, diga lo que quiera y déjeme en paz.

—No es difícil de explicar. ¿Has leído que Leila Sheridan fue asesinada?

—¿Y qué? Para mí, ella pasó a la historia hace tres años.

—Eso dices tú. Lo que yo diga a los reporteros es algo muy distinto... Te vi deambular por las inmediaciones de la casa donde vivía Leila, aproximadamente media hora antes de cometer el crimen... Diré que en mi conversación con ella, durante la tarde, me había confesado que habías vuelto a importunarla...

Se echó a reír, seguro de sí mismo.

—¿A quién intenta asustar, fisgón?

—No he terminado todavía... Debes saber que Leila se casó con Greasley hace poco más de un año, quizá quince meses. He descubierto que le conoció en Méjico, al final de sus actuaciones en aquel país. Bueno, Leila tenía un hijo de tres años.

Eso le dio trabajo a su herrumbroso cerebro.

—¿Y qué? —masculló al cabo de unos segundos.

—Todas las cotorras de Hollywood recibirán la primicia de esta información, saco de músculos. El niño es hijo tuyo. El hijo que no habrás querido reconocer a pesar de ser el muchacho típico americano, el ejemplo de nuestra sana juventud... esa publicidad te hará polvo, a ti y a Baker. Dos pájaros de un tiro.

Perdió el color y creí que iba a echarse a llorar.

Cuando recobró la voz tartamudeó:

—¡Pero usted sabe que eso es falso...!

—Naturalmente que lo sé. Pero eso no impedirá que todo el mundo crea que es cierto. Vas a quedar malparado, compadre.

—¡Baker le matará si lo intenta siquiera!

—Baker va a tener otras preocupaciones cuando yo termine con él. Tú dijiste que mis métodos eran hundir a quienquiera que fuese, con tal de salvar los intereses de quien me pagaba. No sabes cuán cierto es eso...

—Pero... pero ¿por qué infiernos la ha tomado conmigo? Nunca nos habíamos visto antes... no puede tener nada contra mí...

—No me eres simpático, Mort; además, te niegas a colaborar en algo tan sencillo como responder a unas preguntas sin importancia.

—Está bien, responderé a sus malditas preguntas a cambio de que me deje en paz... definitivamente.

—Ésa es la clase de música que me gusta escuchar. ¿No tienes algo bueno para beber? Necesito algo para entonarme. Soy casi un inválido estos días.

—Sírvase si quiere. Ahí están los licores... y termine pronto.

Mientras escanciaba una buena dosis de un *whisky* excelente, dije:

—Cuando Leila se separó de Schrage tú seguiste con ella una temporada, mientras esperabas que el viejo soltara el millón que ella pensaba reclamar en concepto de compensación y alimentos. ¿No es cierto?

—Seguro.

—¿Pensabas embolsarte tú toda esa *pasta*?

—¿Y qué si fue así?

—Parece que había cambiado mucho en esos tres últimos años —comenté, abstraído. Luego apuré un largo sorbo de licor y añadí —: Bien, volvamos a lo que importa. ¿La acompañaste a Reno también?

Tras una ligera vacilación gruñó:

—Sí.

—¿Te alojaste en su mismo hotel?

—¿Cree que soy idiota? Naturalmente que no. Hubiera podido estropearlo todo si los abogados de Schrage hubiesen descubierto que estábamos juntos antes de fallarse el divorcio.

—Pero tengo entendido que no acudieron los abogados del viejo. Éste dio el asunto por hecho cuando ella se sometió a sus exigencias... ¿No es cierto?

—Bueno, sí... pero entonces no lo sabíamos. Durante las primeras dos semanas aún pensábamos sacarle un buen fajo de billetes...

—¿La ayudaste a tramitar el divorcio?

Me miró, vacilante, y acabó rehuendo mi escrutinio.

—Ella me lo pidió. No entendía nada de esta clase de trámites.

—De manera que fuiste tú quien lo hizo todo, ¿eh?

—Prácticamente, sí.

—Alguien debió ayudarte, digo yo. No se pueden falsificar unos documentos semejantes sin la colaboración de un experto...

Pegó un salto. Pensé que iba a desmayarse, tan impresionado quedó después de escucharme.

—¡Lo sabe...! —tartamudeó, aterrado.

—Claro que lo sé, pedazo de cretino. Y casi puedo adivinar los motivos que te impulsaron a tramar esa patraña a espaldas de Leila.

No replicó. Le había golpeado en el lugar que más podía dolerle

y todavía no se había recobrado, de manera que añadí:

—Cuando fe diste cuenta que ni ella ni tú podríais sacarle un centavo al viejo, pensaste que ya era hora de levantar el vuelo... y se te ocurrió la idea del falso divorcio con el exclusivo propósito de que, si Leila volvía a casarse con alguien que valiera la pena podrías sacarle los cuartos con la amenaza de revelar que su matrimonio no era válido. Podías acusarla de bigamia incluso...

—Expuesto así suena muy sucio... —se lamentó.

—Tan sucio como has sido siempre, zorrino. ¿O quizá pensaste apretarle las clavijas al viejo? Él tiene dinero en grande para sacárselo...

—¿A Schrage? —exclamó, con un respingo—. ¿Cree que estoy loco? Ese maldito cuervo podría aplastarme con sólo silbar desde su oficina. Nunca se me hubiese ocurrido intentarlo siquiera...

—¿Ni estando sin un centavo?

—Tengo dinero de sobra, Mallion. Más del que puedo gastar...

—A otro perro con ese hueso, idiota. Es Baker quien se embolsa el ochenta por ciento de tus ganancias en la venta de discos, aparte de que también mete su zarpa en tus otros ingresos. Y con el tren de vida que llevas, poco dinero debe quedarte... ¿Cuándo se te ocurrió recurrir al chantaje, muchacho?

—¡Pero si se lo he dicho! Cuando la dejé plantada en Reno...

—No me refiero a tres años atrás, sino a hace apenas unos días.

—¿Días? Bueno, ¿trata de asustarme otra vez? Nunca lo he intentado, ni cuando supe que Leila se había casado otra vez. ¿Para qué iba a correr un riesgo tan grande si tengo una buena posición? Aunque Baker se quede con la parte del león de mis ingresos, me queda lo suficiente para vivir estupendamente. Mientras haya gente estúpida que tire su dinero comprando mis discos todo irá bien.

—Voy a regarte el beneficio de la duda, compadre. Dime algo más antes de marcharme... ¿Quién te sustituyó en el afecto de Leila, después que te separaste de ella?

Se encogió de hombros, despectivo.

—Nadie. Supe que había estado intentando trabajar en un espectáculo para ganar lo suficiente para vivir, pero lo abandonó a las pocas semanas de empezar. Fue entonces cuando se marchó a Méjico.

—¿Dónde estuvo actuando en ese espectáculo?

—En Las Vegas. En el Clarion.

—Okey. Ahora corre y soplale los oídos a Baker antes que se moleste contigo... ¿Sabe él lo referente al falso divorcio?

—¿Baker? No. ¿Cómo podría saberlo?

—¿Conservas copia de los documentos falsificados?

—Bueno...

—¿Sí o no?

—¡Sí, maldita sea su estampa!

—Ajá. Quiero esos papeles. Serán el precio que habrás pagado por tu tranquilidad, porque de ahora en adelante te dejaré en paz.

—Para lo que me sirven...

Se dirigió a un mueble rinconera, en cuyos estantes algunos libros lloraban su abandono. El apolíneo cantante comenzó a revolver los cajones uno tras otro, sacando y metiendo papeles, mascullando de impaciencia... hasta que se volvió de cara a mí, desconcertado.

—¡No están aquí! —exclamó.

—¿Y estás seguro que es ahí donde los guardabas?

—Sin la menor duda... Los puse aquí cuando me trasladé a este apartamento... Desde entonces no había vuelto a acordarme de ellos.

—¿Recuerdas cuándo los viste por última vez?

—No... Bueno, cuando los puse aquí, claro.

—¿Quién más sabía la existencia de esos documentos?

—Nadie. Era algo que me reservaba para... Bueno, algo de lo que no deseaba hablar.

—¿Había algo en ellos que permitiera presumir que habían sido falsificados?

—En los originales que remitimos a Schrage, no. Pero en las copias, si uno se fijaba mucho, podía advertir que los sellos de caucho habían sido alterados. No correspondían al negociado de registros, sino a otra dependencia de los juzgados de Reno.

—Ya veo...

—Mire, no me importa quién tenga esas copias. No quiero oír hablar más de este asunto... nunca. ¿Va a dejarme en paz ahora?

—Seguro...

Le dejé solo, sumido en una suerte de asombro que me hizo llegar al coche sin haber reaccionado todavía.

De manera, me dije, que no hubo sustituto de Ballinger cuando éste dejó a Leila. Y ésta trató de encontrar trabajo por su cuenta, cuando se le cerraron las puertas de Hollywood. No obstante, unas semanas después, abandonó el empleo y marchó a Méjico sola y sin buscar la ayuda de nadie. ¿Por qué?

—Jimmy.

Me sorprendió darme cuenta de que había pronunciado el nombre en voz alta. No obstante, eso debía de ser; huyó para dar a luz donde nadie pudiera conocerla y nació el chiquillo... un niño que en la actualidad tenía tres años...

Pegué un brinco en el asiento, estupefacto. Golpeé el volante con la rodilla, gruñí de dolor, pero ni presté atención a eso.

Entonces lancé el auto como una bala rumbo a Pasadena. Ya sabía el camino de memoria...

CAPÍTULO X

Sus ojos delataban largas horas de vela y estaban enrojecidos por el llanto. Tenía un aspecto abatido y casi macilento cuando me franqueó la puerta.

—Míster Greasley no está en casa —dijo—. Ha debido acudir a su oficina hoy...

—No le buscaba a él, sino a usted, Olga.

—Yo no debería hablar con usted, míster Mallion. La policía dice que usted provocó la desgracia... que asustó a la señora...

—Tonterías. La asusté porque entonces creía que era culpable de un grave delito. Luego he comprendido mi error, Olga, y por eso estoy aquí ahora.

—No le comprendo...

—Voy a encontrar al asesino de Leila. Será una especie de reivindicación, si es que usted puede entenderlo.

—Creo que sí. Usted, de alguna forma, apreciaba a la señora, ¿verdad, míster Mallion?

La miré sin poder ocultar mi sorpresa.

—Realmente, Olga, no era precisamente aprecio. Quizá era solamente que me gustaba conservar un hermoso recuerdo de mi primera juventud, el ideal que fuera Leila para mí y otros muchos... pero para mí en particular. No lo sé exactamente, luchaba por conservar su imagen limpia en mi recuerdo.

—Comprendo.

—¿Quiere ayudarme, Olga?

—Si me es posible, cuente conmigo.

La miré a los ojos antes de hacerle la siguiente pregunta.

—¿Estaba usted con ella cuando nació Jimmy?

Acusó un sobresalto.

—No —murmuró—. El niño nació en Méjico... durante la única temporada que yo no estuve con ella.

—Pero sabe usted quién es el padre, ¿verdad?

Asintió con un gesto. Luego susurró, con voz ahogada:

—No me pregunte el nombre, míster Mallion..., no puedo revelárselo. Ella no me lo perdonaría jamás...

—Leila ha muerto. No obstante, no tengo necesidad de preguntárselo, Olga. Jimmy es hijo de Samuel Schrage. Las fechas de su nacimiento coinciden plenamente.

—¿Lo sabía usted?...

—Lo he sabido demasiado tarde —mascullé—. ¿Por qué lo mantuvo secreto? El niño pudo ser la clave de su reconciliación. Schrage no se había vuelto a casar todavía entonces.

—Leila... la pobre sufrió terriblemente al verse borrada del mundo del cine. Odió al viejo chivo, usted sabe. Me obligó a jurarle que jamás revelaría su paternidad... Fue su venganza, ¿comprende? El le obligó a separarse de su hija, pero ella le privó de la felicidad que habría representado para él tener un hijo suyo, propio, por el que siempre había suspirado como continuador de su dinastía. ¿Comprende?

—Con toda claridad. Y Greasley, ¿sabe la verdad?

—Yo creo que sí, aunque nunca lo dio a entender. Pero hay cosas que una observa... usted comprende, míster Mallion. Y míster Greasley, aunque silencioso y de carácter retraído, es muy perspicaz.

—¿Amaba realmente a Leila?

—Como ningún hombre la había amado jamás —afirmó rotundamente—. Puedo demostrárselo —añadió, titubeando—. Cuando ella necesitó disponer de una fuerte suma de dinero sin que él se enterase, hipotecó esta casa. Pero míster Greasley lo supo, todavía no comprendo cómo...

—Siga, eso puede ser muy importante.

—Bueno, en lugar de reprocharle su proceder, o de pedirle explicaciones, redimió la hipoteca sin que ella lo supiera. Pagó hasta el último centavo de los quince mil dólares...

—¿Para qué necesitó Leila tanto dinero junto?

—Eso no puedo decírselo. Todo lo que sé es que lo entregó a un hombre que vino una tarde... un individuo desconocido y de mal

aspecto, aunque muy apuesto.

—¿No sería Mort Ballinger por casualidad?

—¡Oh, no! A ése... bueno, a Ballinger le conozco perfectamente. No era él.

—Creo que eso es suficiente, Olga. Me ha ayudado mucho más de lo que imaginaba.

—¿No perjudicará al niño el hecho de saber usted la verdad, míster Mallion?

—En absoluto.

—Es tan pequeño... —susurró—. Sería un crimen causarle el menor daño de la clase que fuera.

—En sus manos está bien cuidado, Olga. Volveremos a vemos cuando haya hablado con Greasley.

Me miró marchar con cierta inquietud. Ella no podía saber que la mía no era menor.

El viaje de regreso lo hice despacio, meditando y asombrándome una vez más de la turbulencia que puede encerrar el alma humana...

O la carencia absoluta de alma.

Yo era veterano de Hollywood; sabía lo que ese pequeño infierno hace a la gente que se deja dominar, vencer por él y sus lujos de oropel, convirtiéndolos en piezas de una gran máquina... en muñecos sin alma.

Destroza hombres y mujeres arrebatándoles lo mejor de sus vidas, enseñándoles a odiar, a denigrar, a aplastar...

Y esos seres necesitaban ayuda de vez en cuando, precisaban de alguien que les tendiera una mano sin exigirles nada a cambio..., si no tenían con qué pagar.

A los que tenían, yo también había aprendido a cobrarles, como al viejo buitre Schrage...

Finalmente, cuando me interné por las atestadas calles del centro, dejé de pensar en todo eso para concentrarme en Greasley. Estaba casi seguro de tener la solución de todos mis problemas, incluidos algunos que no me concernían, como el asesinato, por ejemplo. No obstante, necesitaba tener una larga parrafada con el vendedor de coches para confirmar mis ideas.

Esta vez, aparqué el auto junto a la gran entrada al recinto de exposición. Salté a la acera y atravesé el arco de entrada, al lado del

cual se elevaba la blanca columna con el nombre del propietario.

Pero me detuve en seco apenas hube avanzado unos pasos.

Había una ambulancia en medio de la calle que formaban las dos filas de autos en venta. Delante de la ambulancia, dos coches de la policía sobre cuyas capotas giraba el ojo indiferente de su faro móvil, anunciaban que fuese lo que fuere que había sucedido se trataba de un hecho grave.

Mientras dudaba entre meter la nariz o largarme antes de ser visto, un guardia de uniforme apareció a mi lado, se llevó la mano a la gorra y masculló:

—El negocio está cerrado por hoy. No puede quedarse aquí.

—¿Qué ha sucedido?

—Un accidente. Vamos, márchese...

—¿Puede decirme quién es la víctima? Quizá...

—Hace usted demasiadas preguntas. Tengo órdenes, ¿sabe? Así que lárguese de aquí ahora mismo.

—Está bien, está bien, sólo sentía curiosidad...

Giré sobre mis talones dispuesto a complacer al patrullero. Entonces, una voz seca exclamó:

—¡Bart!

Volví la cabeza. Aspiré hondo al reconocer al teniente Maracot.

—Hola —dije sin mucho entusiasmo.

—Estaba pensando en ti, Bart, lo creas o no. ¿Por qué te marchabas sin meter las narices en el pastel? No me digas que has cambiado de costumbres...

—Tu perro guardián me ha expulsado...

—Oh, eso. Bueno, ven conmigo.

Me llevó al interior. Cuando llegamos al lado de la ambulancia indagué:

—Bueno, ¿qué ha pasado, o es un secreto de Estado?

Se detuvo, rascándose la nuca.

—Alguien le ha pegado dos tiros a Edward Greasley. ¿Qué te parece? Primero liquidan a su mujer. Ahora lo despachan a él... y en ambos casos apareces en el momento oportuno. Empiezo a comprender a los polizontes de Pasadena.

—¿Tienes alguna idea de quién ha disparado?

—Amigo, acabo de llegar. Todavía no tengo poderes de adivino. Vamos dentro.

El crimen se había cometido en las oficinas. Vi el cadáver, derribado a un lado de su mesa. Había sangre bajo la cabeza, pero no mucha. Tampoco el rostro estaba desfigurado en absoluto. Únicamente, que parecía más tímido que la primera y única vez que lo viera.

Estuve remoloneando por allí mientras los policías hacían su trabajo. Después, Maracot se reunió conmigo y volvimos a salir al aire libre. Para entonces, ya se había reunido un grupo de curiosos bajo el arco de la entrada.

—Será mejor que me cuentes lo que sabes —gruñó el teniente—. ¿Por qué querías ver a Greasley?

Pensé rápidamente. Me dije que era el momento de soltar la liebre que haría correr a la policía y me ahorraría trabajo... y la solté:

—Alguien chantajeó a Leila Greasley —dije con desfachatez—. Le exigieron el pago de quince mil dólares, amenazándola con algo que destruiría su matrimonio.

Ten en cuenta que, después de su turbulenta vida, al fin había encontrado un hombre comprensivo que la adoraba... y que le había dado todo lo que había ambicionado después que fue apartada del cine...

—Al grano.

—Okey; ella no tenía esa suma ni podía pedírsela a su marido. Entonces recurrió a hipotecar la casa en que vivían, que era de su propiedad...

—No veo a dónde quieres llegar, Bart...

—A eso; Greasley descubrió el embrollo, pero adoraba a su mujer. Todo lo que se le ocurrió, fue retirar capital de su negocio y cubrir la hipoteca sin que ella lo supiera...

—¿Y qué demonios tiene eso que ver con los crímenes?

—¿Pero no te das cuenta? De la misma forma que Greasley descubrió que su mujer había hipotecado la casa, se enteró también del chantaje. Es el chantajista quien los ha asesinado, compañero.

—No me digas, muchacho... ¿Por casualidad, tienes una sola prueba de semejante fantasía?

—Ninguna. Pero sé quién es el chantajista.

Me miró como si deseara atravesarme de parte a parte.

—Bueno, oigámoslo —resopló.

—Nicholas Baker.

Pegó un respingo, incrédulo.

—¿No ha podido ocurrírsete ningún nombre más chocante que ése, como Lucky Luciano por ejemplo?

—Baker tiene en su poder lo que hizo soltar quince mil dólares a Leila...

—Baker maneja negocios de centenares de miles de dólares. ¿Crees que se arriesgaría a un chantaje de quince mil miserables dólares, con dos asesinatos auestas sólo *por eso*? No lo menosprecies, muchacho.

—Al *contrario*. Sé la clase de bastardo que es. Pero esos *quince* mil dólares fueron un tanteo para asegurarse que lo que, tenía entre manos era realmente valioso... Su meta final era mucho más alta. Medio millón en dos entregas.

—¿Qué?

—Y no me preguntes quién era esa nueva víctima porque no te lo diré. Lo único que te queda por hacer es registrar la caja fuerte de Baker... y sacudirle un poco el polvo a él para aclararlo todo antes de la noche.

—Así de sencillo, ¿eh? Dime, lumbrera, ¿cómo consigo un mandamiento judicial en regla para el registro y la detención?

—Ya veo... Pruebas...

—Ahora parece que despiertas.

—Bueno, si me echas una mano quizá yo pueda allanarte las dificultades.

—¿Cómo?

—El mandamiento de registro y detención es válido con la firma de cualquier juez en funciones, ¿no es cierto?

—En efecto...

—Bueno, ¿dónde hay un teléfono?

Telefoneé al viejo buitres. Apliqué sus graznidos con promesas y al fin acabé preguntándole por un juez al que pudiera manejar.

Me obligó a contarle para qué lo quería. Luego masculló:

—Vayan a casa del juez Tower, en Somerset Place Le llamaré ahora mismo. Tendrá preparado ese documento sin más trámites.

Cuando se lo dije a Maracot no quería creerlo.

—Ningún juez se expondría a una cosa así —masculló.

—Tú no sabes quién respalda a ese juez, compañero. Vamos allá.

—No lo tendrá preparado... no puede hacerlo.

Resultó que sí podía hacerlo. Incluso con el documento en la mano, el teniente no acababa de creerlo todavía...

—Ahora, vamos a ver a Baker —dije—. Tengo una pequeña deuda con él...

CAPÍTULO XI

El rey del hampa estaba arrellanado detrás de su escritorio. A un lado, como un poste, Alessandro permanecía inmóvil. Y, junto a la puerta, estaba el otro matón que me había vapuleado.

Maracot los miró a los tres ofensivamente. Luego masculló:

—Eche a sus perros de aquí, Baker. Me ponen nervioso.

—Son mis empleados. No saldrán sólo porque a usted no le guste verlos.

—Sí saldrán —dije, sacando el revólver antes que pudieran prever mi acción—. Ahora puedes aligerarles los bolsillos, teniente.

Satisfecho, les sacó el revólver a cada uno. Baker se había puesto en pie, rabioso como un lobo hambriento.

—¿Qué clase de atropello es éste, polizonte? —bramó.

El teniente guardóse las armas. Luego gruñó:

—Sácalos de aquí, Bart.

El primero en recibir fue Alessandro. Le acaricié la mejilla con el punto de mira del revólver y chilló como un conejo.

—No es lo mismo dar que recibir, ¿eh, compadre? —le espeté.

Salí del despacho dando tumbos, mirándose la mano llena de sangre como si no pudiera creer que fuera suya.

El otro fue más listo. Saltó de la oficina y sólo pude ayudarle a salir con un puntapié en las posaderas. Tras esto, cerré la puerta y regresé junto a la mesa, inclinándome sobre ella hasta casi tocar la cara de Baker con la mía.

—Cerdo —dije con calma—. Te dije que cometías un error al ordenar a tus matones que me machacaran... y lo cometiste.

Levanté la mano armada violentamente. El cañón casi le partió en dos la colgante papada y el gordinflón cayó de espaldas al otro lado, aullando de dolor.

—Ahora puedes enseñarle ese hermoso papel, Maracot.

Se lo enseñó, pero estaba tan aturdido que el teniente hubo de leérselo en voz alta para que comprendiera su significado.

Tras ese formulismo, lo levanté de un tirón y lo lancé contra la poderosa caja fuerte empotrada a la pared.

—Ábrela, chico —ordené—, antes que acabe la paciencia.

—¡No tienen autoridad para hacer eso! —gritó, furioso.

—Tal vez no, pero tampoco tú la tenías para asesinar a Leila y Edward Greasley, compañero. Tendré un gran placer en acompañarte a la cámara de gas...

Cayó contra la sólida puerta de acero, horrorizado.

—¡No es cierto... no pueden probarme nada...!

—Tengo pruebas, babosa —mentí descaradamente—. Suficientes para que te condenen siete veces a muerte. Y hay un testigo de la muerte de Leila... y otro que corroborará los motivos que tuviste para matarla...

—Basta de charla —exclamó Maracot—. Abra la caja, Baker. Puedo destrozarla con un par de expertos respaldado por esta orden firmada por un juez, así que no nos haga perder el tiempo...

Baker sabía que estaba vencido. La manera tan ruda de tratarlo, a despecho de ser él quien era, respaldado por fuertes influencias, le demostraba que lo teníamos bien agarrado... o por lo menos lo creyó.

De manera que se sometió, sacó una llave, la insertó en la cerradura y se aplicó a manejar después los discos numerados.

Me aparté, satisfecho de cómo terminaban las cosas. Todo lo que me quedaba por hacer era apoderarme de la copia del falso divorcio y me habría ganado los dieciséis mil dólares...

Unas vacaciones, decidí; unas vacaciones en compañía de Lisa...

—¡Cuidado, Bart!

Salté instintivamente en el instante que resonaba el disparo. La bala aulló alborotándome los cabellos.

Apreté el disparador sin vacilar. Simultáneamente, el revólver de Maracot bramó con su potente voz del «45» y el fofo Nicholas Baker casi se metió de cabeza en la abierta caja fuerte, impulsado por los proyectiles. Después se deslizó de cara a la pared, se dobló de manera absurda y quedó inmóvil, en el suelo.

—El muy estúpido —farfulló el teniente—. Tan pronto ha

abierto la caja...

—Me has salvado el pellejo —reconocí, sintiendo cómo me temblaban las piernas.

—Olvidalo. Voy a llamar a la Brigada... ése nos ha ahorrado trabajo y dinero al Estado...

Fue hasta la mesa y descolgó el teléfono. Disimuladamente, metí la nariz en la caja y estuve examinando papeles hasta que di con las copias que buscaba.

Desde que el cantante descubrió que le habían desaparecido estuve casi seguro que sólo Baker podía tenerlas. Era *un* tipo de la vieja escuela y cuando hincaba la garra a *un* infeliz como Ballinger se apoderaba de él en cuerpo y alma..., si la hubiera tenido. Por consiguiente, debía vigilarlo, controlar sus pasos para evitar cualquier tropiezo que pusiera en peligro su inversión... y una de las maneras de vigilarlo estaba en registrar periódicamente su apartamento.

Guardé los papeles con disimulo, de manera que cuando Maracot terminó con el teléfono yo estaba encendiendo un cigarrillo con toda calma.

—Lárgate de aquí —dijo—. Trataré de mantenerte fuera de esto, aunque haya una bala de tu revólver en esa carroña... A menos que desees un poco de publicidad.

—Esta vez no, compañero. La publicidad repercutiría sobre mi cliente y éste me arrancaría las orejas.

—¿Vas a verlo ahora?

—Seguro.

—Necesitarás tacto para tratar con ese viejo esperpento...

Lo dijo inocentemente, como un comentario sin importancia. No obstante, pegué un salto y me enfrenté con él.

—De manera, teniente, que sabías su identidad...

—Naturalmente. Nosotros trabajamos de manera diferente que la policía que te vapuleó...

—¿Y bien?

Se encogió de hombros.

—Su nombre no aparecerá en ninguna parte. No nos interesa que nos tome ojeriza, tú sabes...

Estaba riéndose todavía cuando abandoné el despacho. No pude localizar a uno solo de los matones de Baker... debían haber olido

la muerte demasiado cerca y habían emprendido el vuelo.

Afortunadamente, no necesité tacto alguno para espetarle la verdad al viejo buitre de Hollywood. Me escuchó como un pequeño ídolo de madera, inmóvil, los dedos de las manos cruzados entre sí y la mirada fija en la copia del falso divorcio que descansaba sobre su mesa.

Al final gruñó:

—Desde el primer instante supe que era usted el hombre que necesitaba, Mallion. Haré todo lo que esté en mi mano para que todas las productoras le llamen cuando necesiten un investigador... Magnífico, muchacho, magnífico...

—No he terminado aún —dije suavemente.

—¿No?

—Leila tuvo un hijo después de separarse de usted, se llama Jimmy y tiene tres años.

Enarcó las cejas, esforzándose por comprender adónde quería ir a parar.

—Jimmy es hijo suyo, míster Schrage —le espeté sin más rodeos.

Saltó fuera del sillón como un muñeco de cuerda.

—¿Qué..., qué ha dicho?

Me vi obligado a relatarle lo que me dijera Olga, añadí algunos detalles más y quedó convencido, temblándole las manos, los ojos húmedos y a punto de derramar lágrimas.

—Es... usted... —balbució—. Mallion, yo... siempre había anhelado un hijo...

—Ya lo tiene.

—Sí...

Se dejó caer otra vez en el sillón. Entonces me levanté y alargó el brazo.

—Siempre había deseado hacer eso, usted sabe...

Me miró igual que hipnotizado. Pulsé un botón rojo y casi al instante entró Lisa, con su mareante contoneo.

—¿Míster Schrage? —musitó, mirándome disimuladamente.

El millonario me contempló, estupefacto. Yo dije:

—Quiero una recompensa extra, míster Schrage.

—Sí... sí, pídame lo que quiera.

Agarré a Lisa de la mano y la acerqué a la mesa.

—Voy a llevarme a su secretaria —declaré—. De vacaciones... luego, definitivamente.

—¿Qué?

Lisa empezó a temblar, asustada. Ella conocía al viejo fósil mejor que yo.

Pero no sabía el cambio sufrido por él en media hora.

—Es suya, Mallion —graznó el viejo—. Por entero. Si no le obedece venga a verme...

Lisa dejó escapar una especie de gemido agónico. La abracé por la cintura y la apreté contra mí.

—¿Miami? —indagué junto a su oreja.

—Sería maravilloso...

—Será Miami.

Schrage nos vio salir convertido en piedra. Luego, cuando cerré la puerta, descubrí que el brillo de sus ojos no podía ocultar una leve sonrisa...

Besé a Lisa ante la puerta, y esta vez no la solté hasta que nos faltó el aliento. Ya no importaba si alguien nos descubría besándonos.

—¿Sabes que acabo de quedarme sin empleo, querido? —susurró junto a mis labios.

—Seguro. Yo tengo otro mejor para ti... en mi casa. Y dieciséis mil dólares para empezar.

—¿Y Miami, amor?

—Vamos allá. ¿No te inspira nada esa frase de los *slogans* turísticos: *Luna de miel en Miami*?

—Bart...

—Sí.

—Bésame.

Lo hice, naturalmente.

Y fuimos a Miami, y...

Pero eso ya no tiene nada que ver con este relato.

FIN



José María Lloró Olivé es un escritor español autor de innumerables novelas pulp.

Novelista de variados registros, durante la dictadura franquista convirtió la novela de bolsillo en «novela de acción reportaje», narrando en forma de ficción, los acontecimientos reales que sucedían en Barcelona, durante tiempos de brutal represión y feroz propaganda.

Utilizó los ALIAS:

- Buck Billings.
- Burton Hare.
- Clark Forrest.
- Delano Dixel.
- Gordon Lumas (a veces, Gordon C. Lumas)(para las novelas del oeste).
- Marcel D'Isard.
- Max (a veces, Mike) Cameron(en terror y policiaco).
- Mike Shane.
- Milly Benton.

- Ray Brady.
- Ray Simmons (a veces, Simmonds).
- Ricky C. Lambert.
- Sam M.